

APUNTES SOBRE PATRONAZGO Y CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO DEL MONASTERIO BENEDICTINO DE SAN MILLÁN DE LA COGOLLA EN LA RIOJA

Begoña Arrúe Ugarte
Universidad de La Rioja

A medida que se va profundizando en el conocimiento histórico-artístico de los monasterios de Suso y Yuso en San Millán de la Cogolla se hace más evidente la necesidad de sintetizar la multiplicidad de noticias existentes sobre el devenir de este “Patrimonio de la Humanidad”. Buena parte de lo conocido sobre patronazgo se refiere a la Alta Edad Media y, en menor medida, a lo sucedido a partir del siglo XIV, mientras que son muy variados los datos que se pueden rastrear a lo largo de la Edad Moderna, hasta el definitivo abandono de los edificios por los benedictinos en 1835. De la actividad artística en la última etapa mencionada conocemos lo suficiente para mostrar un panorama bastante completo del desarrollo arquitectónico, así como de lo referido a la pintura y a ciertas manifestaciones escultóricas, pero una buena parte de esta actividad estuvo dirigida a obras de las que no ha quedado vestigio alguno y, de igual modo, a quehaceres cotidianos de salvaguarda del creciente patrimonio histórico por parte de los responsables de la Orden. El objetivo de esta ponencia es, por consiguiente, poner de relieve aquellos aspectos que sobre conservación y restauración de los bienes muebles e inmuebles nos ofrecen las fuentes manuscritas, al mismo tiempo que dar a conocer las noticias sobre obras de arte no conservadas y la incidencia y carácter del patronazgo artístico en algunos momentos de la historia del monasterio. Su exposición se presenta por orden cronológico y en ella será inevitable hacer referencia a acontecimientos u obras muy conocidos, en los que el detenimiento será el

imprescindible para dejar más espacio a aquellos datos nuevos que, como los del siglo XIX, pueden ser útiles a las futuras investigaciones.

ETAPA MEDIEVAL

Una parte relevante del patrimonio emilianense conservado se remonta al siglo X, centrándose gran parte de los esfuerzos restauradores de finales del siglo XX en el mantenimiento del monasterio de Suso¹. Consagrada la iglesia mozárabe en 959, en tiempos del abad Gomesano y del monarca García Sánchez I de Navarra, se tiene constancia desde 942 de donaciones patrimoniales y de la existencia de un *scriptorium* organizado, pudiéndose suponer que los reyes sucesivos hasta el año 1000, Sancho Garcés II y García Sánchez II, mantuvieran bien dotado de bienes muebles el monasterio, además de los raíces en progresivo aumento². La confirmación de la consagración documentada en 984 ha dado lugar a interrogantes como el de una dedicación o conmemoración de la misma que pudiese llevar aparejada una reforma del edificio³. No es difícil pensar que fuese mejorado de forma paulatina, si suponemos su edificación sobre el asentamiento eremítico que debió desarrollarse desde el siglo VI, aunque es más improbable que en el espacio de veinticinco años tuviesen lugar

1. Los arquitectos del Instituto del Patrimonio Histórico Español Félix BENITO MARTÍN y José SANCHO RODA dieron noticia de las últimas intervenciones en Suso en su artículo "El Monasterio de Suso. San Millán de la Cogolla. Estudios de investigación para una futura intervención integral" (*Berceo*, 133 (1997), pp.163-180. Este número de la revista *Berceo* del Instituto de Estudios Riojanos, coordinado por Ignacio GIL-DÍEZ USANDIZAGA, Director del Área de Patrimonio Regional del Instituto, se dedicó íntegramente a los "Monasterios de San Millán de la Cogolla. Historia y Patrimonio Artístico", y en él se pueden comprobar las distintas investigaciones y aportaciones bibliográficas sobre este patrimonio. En relación al de Suso, la arqueóloga Pilar SÁENZ PRECIADO informó sobre "Arqueología en San Millán de la Cogolla: situación actual y propuestas de intervención" (pp.141-162). Por otro lado, en las *VI Jornadas de Arte y Patrimonio Regional* que se celebraron en noviembre de 1998 tuvimos ocasión de conocer las actuaciones llevadas a cabo en Suso, explicadas pormenorizadamente por José Sancho Roda.

2. Me remito para estos datos históricos a los trabajos básicos de GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A., *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X al XIII)*. Salamanca, 1969 y UBIETO ARTETA, A., "Los primeros años del monasterio de San Millán". *Príncipe de Viana*, 132-133 (1973), pp. 181-200. La situación histórica general podemos seguirla con claridad en GARCÍA TURZA, J., "El Monasterio de San Millán de la Cogolla en la Alta Edad Media: aproximación histórica". *Berceo*, 133 (1997), 9-25.

3. MONREAL JIMENO, L.A., "San Millán de Suso. Aportaciones sobre las primeras etapas del cenobio emilianense". *Príncipe de Viana*, 183 (1988), p. 91.

cambios de consideración en la envergadura del alzado construido. Al margen del indudable interés de la arquitectura mozárabe de Suso que, afortunadamente, ha llegado a nuestros días, también se han conservado de este periodo un ara o altar portátil con placas de marfil sobre madera, incrustaciones de plata y forro de tejido musulmán en seda de colores, representando parejas de grifos, pieza con partes reaprovechadas, que llegó al Museo Arqueológico Nacional en 1931, y los fragmentos de una cruz con relieves en marfil (un brazo conservado en el citado museo y otro en el Museo del Louvre), exponentes del arte cristiano español de finales del siglo X⁴. Pero no sólo podemos hoy admirar ejemplos de eboraria, sino también buenos exponentes del arte de la miniatura y la encuadernación en diferentes manuscritos iluminados en el *scriptorium* de San Millán y custodiados en el Archivo Histórico Nacional, Biblioteca de la Real Academia de la Historia y El Escorial⁵.

El siglo XI nos ofrece referencias muy variadas en relación a la actividad artística en el valle de San Millán pero en más de una ocasión son difíciles de determinar debido a la adulteración de las fuentes, las confusiones cronológicas desarrolladas posteriormente y los contenidos poco explícitos de las mismas. Lo que sí parece claro que tuvo lugar es un deseo de dignificar los restos

4. No entro en la extensa bibliografía sobre San Millán de Suso. Buena parte de ella la recogió el Dr. Moya Valgañón en *El arte en La Rioja. I. La Edad Media*. (Logroño, 1982) y en "Historia del arte riojano: estado de la cuestión, fuentes y bibliografía" (*Actas del I Coloquio sobre Historia de La Rioja, Logroño, 1982. Cuadernos de Investigación Histórica del Colegio Universitario de La Rioja*, t. X, 2 (1984), pp. 7-43), donde podemos hallar referencias a los estudios de Lampérez, Gómez Moreno, Íñiguez Almech, Fontaine y otros investigadores, destacando el más específico de R. PUERTAS TRICAS, *Planimetría de San Millán de Suso*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1979. En relación al arte de los marfiles, además de los autores citados, cabe señalar a Emilio CAMPS CAZORLA, que dedicó un artículo al ara en Archivo Español de Arte y Arqueología (VII, 1931) y describió su entrada en el MAN en 1931 en *Los marfiles de San Millán de la Cogolla*. Madrid, Blass SA Tipográfica, 1933. En parte siguió lo estudiado por Gómez Moreno, Ferrandis y Goldschmidt; otros estudios posteriores desde los de Kingsley Porter a Harris son recogidos en la última síntesis de Margarita M. ESTELLA MARCOS sobre "La escultura de marfil en España" en la que se dedica un apartado al taller de San Millán (*Summa Artis*, vol. XLV, tomo I. Madrid, Espasa Calpe SA, 1999, pp. 343 y 351-356). Sobre el tejido del ara y del arca de reliquias de San Millán, ver MARTÍN I ROS, R.M., "Tejidos" en *Summa Artis*, vol. XLV, tomo II. Madrid, Espasa Calpe SA, 1999, pp. 20 y 22).

5. ver SILVA Y VERÁSTEGUI, S., "El monasterio de San Millán de la Cogolla: tres hitos importantes en su actividad artística". *Berceo*, 133 (1997), 27-50, con referencias a otros estudios anteriores. Sobre el patrimonio documental en general y su conservación, ver DÍAZ Y DÍAZ, M.C., *Libros y librerías en la Rioja altomedieval*. Logroño, IER, 1991.

del santo que se conservaban en Suso desde su muerte en una gran arca de piedra, según Sandoval⁶. De acuerdo a documentos de 1030 y 1033⁷, Sancho el Mayor de Navarra (1000-1035) decidió trasladar estos restos de su primitivo enterramiento a un altar, disponiéndolos en una arqueta de la que desconocemos sus características, probablemente de plata, y que no debe ser confundida con la acabada años después, cuyo encargo debió realizarse en este momento, contribuyendo a costear su confección los obispos de Aragón, Castilla y Navarra, según relata Yepes⁸. Esta dignificación de las reliquias coincide con un plan de ampliación de los edificios de Suso, por el que se cambia la orientación de la iglesia que dispondrá el altar al este y se amplía en dos tramos hacia el oeste, dentro de los esquemas del primer románico de la época y el auge constructivo religioso generalizado tras el año 1000. El resurgir del monasterio, que adoptará la regla benedictina, tendrá un nuevo florecimiento veinte años más tarde con el hijo de Sancho el Mayor, García Sánchez III de Navarra (1035-1054). Pese a que el empeño artístico de este rey se encontraba en la corte de Nájera y su monasterio de Santa María, a donde quería llevar las reliquias de san Millán, “milagrosamente” éstas no quisieron abandonar el valle pero sí descendieron a un lugar más cómodo, a

6. SANDOVAL, P. de, *Primera parte de las fundaciones de los Monesterios (sic) del Glorioso Padre San Benito...* Madrid, Luis Sánchez, 1601, fol. 23 v.

7. Ver Cartularios de San Millán de la Cogolla de L. SERRANO (Madrid, 1930, docs. 100 y 154) y A. UBIETO ARTETA (Valencia, 1976, docs. 193 y 228), y L.A. MONREAL JIMENO (op. cit., p. 91). El traslado autorizado del privilegio del rey Sancho el Mayor de Navarra del año 1030, relativo a la elevación de las reliquias de San Millán y a los privilegios que con este motivo se concedieron al monasterio, que data del 15 de mayo de 1458, en “Índice Cronológico del Archivo Abacial de San Millán de la Cogolla”, en *Boletín Oficial de la Provincia de San José de la Orden de Agustinos Recoletos*, 42 (Logroño, junio-julio, 1962), núm. 1122.

8. Yepes hará referencia al traslado en 1033 y al arca de reliquias definitiva: “le sacó de la sepultura en que estaba y le elevó a parte más decente y acomodada. Halláronse a esta traslación, fuera de los reyes ya dichos [Sancho el Mayor y su mujer D^a Mayor o D^a Elvira], D. Sancho, abad de San Salvador de Leyre y obispo de Pamplona; D. Julián de Oca, D. Nuño de Álava, D. Sancho de Aragón, don Mancio de Huesca. Pusieron al santo cuerpo encima del altar mayor de San Millán de Suso, y porque estuviere con mayor veneración y decencia le mandaron hacer una arca de las más ricas, costosas y vistosas que hay en España, guarnecida de oro y de marfil, con figuras relevadas y sembradas por toda ella piedras de inestimable valor y precio, y todas las figuras y relieves son de la historia que San Braulio contó de San Millán, y asistieron en esta traslación los obispos de Aragón, Castilla y Navarra, y veían hacer la arca y contribuían para ella, ayudando con sus limosnas, autorizando con su presencia esta verdad” (YEPES, fray Antonio de, *Crónica General de la Orden de San Benito* (Hyrache, 1610). Madrid, BAE, 1959, p. 68).

los pies del monte en el que se ubicaba el antiguo cenobio, según las fuentes de los siglos XII-XIII (Crónica Najerense, *Traslato Sancti Aemiliani* del monje Fernando). Al parecer, la arqueta de reliquias se depositó en 1053 en la construcción que abajo cumplía la función de enfermería, mientras se levantaba en acción de gracias una nueva iglesia a Santa María⁹, dándose así la fundación por el rey García del monasterio de “Yuso”¹⁰. Nada se conserva de su primitiva arquitectura y es posible que, como relata el monje Fernando, la llevaran a cabo constructores que trabajaban entonces en el monasterio de Nájera. En 1067 estaba concluida y en septiembre de ese año tuvo lugar la colocación de los restos del santo en una nueva urna¹¹, siendo abad del monasterio don Blas y monarca Sancho Garcés IV el de Peñalén, representados en ella, junto a otros benefactores como el rey Ramiro de Aragón, acompañado de Aparicio, el conde de Lara, don Gonzalo, y su esposa, Munio y el abad de Suso don Pedro¹². Sólo ha llegado hasta nosotros el alma de madera de la urna

9. “Haciendo entonces el Rey de la necesidad virtud, ordenó que luego al punto viniesen los alarifes de Nájera y fabricasen otra iglesia a Santa María ...” (*Traslato Sancti Aemiliani* del monje Fernando, traducido por el P. Diego Mecoleta y citado por J. PEÑA en *San Millán de la Cogolla*. Logroño, Ochoa, 1994, p. 184).

10. LEDESMA, M.L., *Cartulario de San Millán de la Cogolla (1076-1200)*. Zaragoza, 1989, doc. 287 bis, pp. 401-402. Para I. MAESTRO PABLO el monasterio de Yuso en 1053 debía estar ya construido o muy adelantado, iniciándose a partir de esa fecha la edificación de la iglesia que tendría características similares a la de Suso (en “Reflexiones en torno a las iglesias y monasterios de San Millán de la Cogolla (siglos X-XI)”, *Príncipe de Viana*, 207 (1996), pp.89-99).

11. “De allí a catorce años que se gastaron en la obra de la magnífica iglesia, estando también perfectamente acabada la urna de oro y pedrería, fue colocado en ella el cuerpo de San Millán por manos del Abad don Blas y trasladando a su nuevo templo el día 26 de septiembre de 1067” (de la Traslación de San Millán del monje Fernando, traducida por Mecoleta, en PEÑA, J., op. cit., p. 184).

12. YEPES lo relata así: “Finalmente, el rey D. Sancho el Noble, hijo del rey D. García de Nájera y nieto del rey D. Sancho el Mayor, habiéndose acabado de poner en perfección la riquísima arca, por los años de mil y sesenta y siete, viniendo él en persona con su mujer D^a Plasencia y con los obispos y abades y ricos hombres del reino, con gran pompa y majestad, bajaron el cuerpo santo de la enfermería, donde su padre le había puesto, y metieron las sagradas reliquias en el arca ya dicha, y la cerraron y clavaron de tal manera, que jamás se ha vuelto a abrir ni sacado de ella un solo hueso. Aquí se continuó en este lugar de San Millán de Yuso la peregrinación antigua...” (op. cit., p. 68). SANDOVAL será el primero que describa con minuciosidad el arca “de madera... cubierta de chapas de oro fino, y labrada de marfil, talladas en él muchas imágenes, sembradas por toda ella muchas piedras preciosas, y otras de cristal muy grandes, rubies, esmeraldas, y otras que no conocemos, y parecen de valor”. El arca era “de vara y media de largo, y de alto cinco sesmas” (sexta parte; 1,25 m. aprox. de longitud), y en ella se labró la historia de san Millán como la escribió san Braulio en “veintidós quadros” (op. cit., fol. 23 v.-27 v.).

original, forrada con tejido de seda hispano-musulmán, decorado con parejas de grifos y leones afrontados, cuyo revestimiento, al decir de las fuentes, era de gran riqueza de materiales (oro, piedras preciosas, cristal y marfil), desaparecido en su mayor parte en 1809, a excepción de las recuperadas placas de marfil que la adornaban, representando la vida del santo. Por ellas sabemos que sus artífices fueron Engelram, su hijo Rodolfo y un ayudante del taller, Simeón, quienes, junto a los orfebres documentados en Nájera (Almanio, autor del frontal de plata de Santa María la Real, en 1052, y Marguani entre 1052 y 1062), constituyen los primeros nombres de artistas conocidos en la región y nos informan de la existencia de talleres significativos en torno a la corte de Nájera, que contribuyeron con sus obras a la creación del importante tesoro medieval de sus iglesias, hoy en su mayoría desaparecido¹³. Se ha pensado que el taller de marfil se ubicase en el mismo San Millán, y el estudio de la miniatura ha confirmado la inspiración en élla de algunos de los marfiles del arca de reliquias¹⁴, pero estuvieran sus autores relacionados con los talleres de Lieja o Echternach, su obra constituye, junto a la del taller leonés de los reyes Fernando y Sancha, el exponente más relevante y original de la eboraria románica del siglo XI¹⁵. En 1090 se trasladaron a la Cogolla las reliquias de san Felices de Bilibio, para las que se confeccionó, de igual modo, un arca digna del que fue maestro de san Millán, siendo abad don Blas II, “de plata, parte de ella sobredorada, marfil, y de piedras de mucha estima y precio”¹⁶. Se conserva muy fragmentada la madera de la original y la mayor parte de los relieves en marfil con escenas de la vida de Cristo, elaborados en los

13. Algunas referencias en ARRÚE UGARTE, B., *Platería Riojana, 1500-1665*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1993, t. II, pp. 253-255.

14. SILVA Y VERÁSTEGUI, S., “Miniaturas inéditas de la villa de San Millán de la Cogolla en un códice del siglo X”, *Berceo*, 124 (1993), 61-63.

15. Recientemente se ha publicado en español la segunda edición ampliada (1994) del compendio de Peter LASKO sobre *Arte Sacro, 800-1200* en el que puede comprobarse la calidad y el lugar que ocupan los marfiles de San Millán en el marco del románico europeo (Madrid, Cátedra, 1999, cap. 14, pp. 259-264).

16. SANDOVAL, op. cit., fol. 40 v. Según CAMPS CAZORLA, Sandoval la vio tras una restauración del siglo XV, cuando se conservaban 8 placas, de las que llegaron al Museo Arqueológico Nacional cuatro y un fragmento de otra, existiendo otra en la colección Figdor de Viena (op. cit., p. 14). Otras piezas que se atribuyen al mismo taller de las de San Millán se encuentran en el Metropolitano de Nueva York, el Louvre, Leningrado y Oviedo (ver M. ESTELLA, op. cit., p. 356). Sobre el traslado, PEÑA, J., “Abades del primer monasterio de San Millán” en *Páginas Emilianenses*, Salamanca, 1972, p. 107 y en *San Millán ...*, op. cit., p. 185.

últimos años del siglo. Hoy podemos verlos, al igual que los de san Millán, en la Sala de las Reliquias del monasterio de Yuso, tras su devolución por el Estado en 1943 (reclamada desde 1939), colocadas en sendas urnas realizadas por suscripción popular en el taller de Félix Granda de Madrid en 1944, siguiendo diseños de Íñiguez Almech, según información de la prensa local recogida por el padre Peña. Como veremos más adelante, hasta entonces se conservaron en otras rehabilitadas en 1817, tras el desbaratamiento de las primitivas. Confirman estos marfiles el mantenimiento de talleres románicos de eboraria en los siglos XI y XII que son, sin duda, el patrimonio artístico de mayor alcance y relevancia conservado en La Rioja. Las vicisitudes por las que ha pasado este patrimonio merecen un análisis pormenorizado y actualizado, ya que son claro ejemplo del devenir de este tipo de piezas de arte mueble. Catorce placas ingresaron en 1931 en el Museo Arqueológico Nacional y otras llegaron a museos y colecciones extranjeras (Barguello de Florencia, Ermitage de San Petersburgo, colecciones Schevich y Otto Kahn, y otras de EEUU)¹⁷. En el conjunto del tesoro de la época no podía faltar otra pieza de valor, la imagen de Nuestra Señora, de “vulto de chapa de oro y piedras, de una vara de alto”, dice Sandoval¹⁸, imagen regalada por la reina Estefanía de Foix, viuda del rey don García, conocida por Virgen de las Batallas o de la Chapa de Oro, en cuyo interior se guardaban reliquias de la Virgen y un *lignum crucis*¹⁹, desaparecida también durante la guerra de la Independencia. Por otro lado, la iluminación de libros continuó en el *scriptorium* emilianense, centrándose en los de carácter litúrgico y atendiendo tanto a los modelos tradicionales, como a las novedades del románico europeo²⁰.

17. CAMPS CAZORLA, E., op. cit., p. 5; ver también PEÑA, J., *Los marfiles de San Millán de la Cogolla*, Logroño, editorial Ochoa, 1969 y 1978 y M. ESTELLA MARCOS, op. cit., pp. 352-354.

18. SANDOVAL, op. cit., cap. XXI, fols. 40 v.-41 v.

19. También la cita YEPES, siguiendo a Sandoval: “En el altar mayor hay una imagen de Nuestra Señora, con quien los de la tierra tienen mucha devoción; es de una vara de alto y de bulto, cubierta de chapas de oro, con muchas piedras preciosas y de mucha mayor estima por tener en sí encerrado un pedazo de la cruz en que padeció Cristo Nuestro Señor, y reliquias de la misma Madre de Dios, de su leche, velo y vestidos” (op. cit., p. 81). La escultura medieval de San Millán de la Cogolla se estudia con mayor amplitud en la comunicación presentada a las Jornadas por Minerva SÁENZ RODRÍGUEZ con el título “Imaginería medieval de los monasterios de San Millán de la Cogolla”.

20. SILVA Y VERÁSTEGUI, S., “El monasterio de San Millán...”, op. cit., pp. 38-43.

Si el patronazgo real parece que fue el más relevante, no debemos olvidar el incremento del patrimonio del monasterio a través de las donaciones de los particulares a lo largo de la segunda mitad del siglo XI²¹, que dio lugar a un crecimiento del convento del que se hace eco Yepes, justificando su extensión a Yuso²². Muchos de los donativos estaban destinados al beneficio del hospital y enfermería que, junto a las ermitas -se citan en la documentación del siglo X las de san Martín, santa María, san Sebastián y san Juan-, formaban parte de una serie de inmuebles existentes en el entorno de ambos edificios conventuales.

En el transcurso del siglo XII se registran nuevas donaciones al monasterio, habiendo tenido lugar una consagración de la iglesia de Yuso por el obispo don Sancho, en noviembre de 1137, siendo padrino Alfonso VII. La devoción a san Millán y san Felices era creciente y ante sus restos se disponían lámparas encendidas permanentemente. En 1186 Gómez Bermúdez contribuirá a los gastos que ello conllevaba y los abades don Fernando (1173-1196) y don Gil (1199) se encargarán de mantener vivo y reafirmado el patrimonio con todos los privilegios recibidos (confirmaciones de Alfonso VIII en 1184 y bula de Inocencio III en 1199)²³. Lo más significativo de la arquitectura del momento es la capilla de san Millán que conserva el monasterio de Suso, donde se alberga el cenotafio, constituyendo un verdadero monumento al santo levantado a finales del siglo XII²⁴.

Las noticias que se conocen del siglo XIII parecen definir algo más la situación de la iglesia, citada en sentido genérico muchas veces, por lo que es difícil a veces confirmar que se estén refiriendo a la de arriba o a la de abajo, ya que ambos monasterios estuvieron siempre habitados por monjes. Los últimos estudios históricos de Javier García Turza sobre esta centuria nos presentan una situación económica del monasterio muy diferente respecto a la de los

21. Por ejemplo, en 1062 Tello Muñoz y su mujer Toda donaron casas en Mahave y Nájera y diversas tierras y viñas, figurando entre los testigos el orfebre ya citado Marguani (SERRANO, op. cit., doc. 176).

22. "Al principio estuvo parte de la casa en un llano que está entre el monasterio de abajo y el de arriba, donde tenían la enfermería, y a lo que entiendo también la hospedería. Pero va tan en crecimiento la casa, que tuvieron necesidad de bajarse cabe el río, pues toda aquella cuesta no bastaba para tanta muchedumbre de monjes" (op. cit., p. 81).

23. LEDESMA, M.L., op. cit., docs. 370, 441, 448 y 481 e "Índice Cronológico...", op. cit., 38 (1961), núm. 736.

24. SÁENZ RODRÍGUEZ, M., "El cenotafio de san Millán de la Cogolla en el monasterio de Suso". *Berceo*, 133 (1997), pp. 51-84.

siglos inmediatos anteriores, ya que se constata un descenso de las donaciones reales y de particulares, y cambios importantes en la organización del dominio existente, produciéndose una crisis progresiva a partir del segundo cuarto de siglo que se prolongará al siguiente²⁵. No obstante, la documentación del periodo va a servir a nuestro objetivo para definir algunos aspectos de los bienes artísticos existentes²⁶. En la primera mitad del siglo es probable que ambas iglesias recibieran obras de mejora en tiempos del abad don Juan Sánchez (1208-1249), quien consiguió indulgencias del arzobispo de Tarazona en 1216, para aquellos que visitasen la iglesia de San Millán en las festividades de San Pedro y San Millán. También cabe pensar en una incidencia en la actividad artística del prior Rodrigo Íñiguez, que posteriormente fue abad de Silos, quién en 1239 donó una viña a la sacristía para los gastos del incienso que en un incensario debía arder diariamente en el altar de San Millán en la celebración de la misa conventual y en otras de la liturgia señaladas, y en 1241 destinó la compra de un parral a la lámpara que perpetuamente estaría encendida ante la imagen de la Virgen que se encontraba “en la claustra, en somo del panno do cuelgan los escudos”. Otras noticias sobre donaciones para el mantenimiento de estas lámparas se registran en 1220 y 1248, como la de fray Benito, hospitalero del convento entre 1242 y 1276, quien ofreció otro incensario “de arte lemosín”²⁷, y, con el mismo contenido, encontraremos otras en la segunda mitad del siglo, como las del abad Íñigo Fernández en 1268 y 1269, quien dotó una capellanía para lo mismo en 1274, e hizo donaciones para el vestuario y alimentación de los monjes. Una lámpara se encontraba en el altar de la Virgen donde se ubicaban los restos de san Millán y otra dispuso en el altar de san Juan en el que estaban los de san Felices. Los abades posteriores también dejaron constancia

25. Ver Ponencia presentada en estas Jornadas y GARCÍA TURZA, C. y GARCÍA TURZA, J., *Una nueva visión de la lengua de Berceo a la luz de la documentación emilianense del siglo XIII*. Logroño, Servicio de Publicaciones, Universidad de La Rioja, 1996, pp. 11-35.

26. Cito aquí las fuentes de las noticias mencionadas a continuación: “Índice Cronológico...”, op. cit., 38 (1961), núms. 785, 790, 817, 826 (recogido por RODRÍGUEZ DE LAMA, I., *Colección Diplomática Medieval de La Rioja*, Logroño, IER, 1989, IV, doc. 140, citando los Textos hispánicos dialectales publicados por M. ALVAR), 39 (1961), núms. 848, 860, 862, 867, 904. Muchas de ellas han sido revisadas en su transcripción en el estudio arriba citado de Claudio y Javier GARCÍA TURZA, en el que se analizan setenta documentos desde el punto de vista histórico, diplomático y lingüístico, con aportación de índices (*Una nueva visión...* op. cit., docs. 48, 50, 59, 62 y 63, entre otros).

27. PEÑA, J., *San Millán...*, op. cit., p. 56.

de su preocupación por el convento. Así, Martín López de Anguciana (1286/1288) o don Mateo (1288/1289) que hizo donación de diferentes rentas para los gastos de las lámparas que debían arder delante del Crucifijo y de las imágenes de Nuestra Señora y de san Millán que se encontraban entre el coro y el altar, además de los de cuatro cirios que en los aniversarios cantados alumbrarían las sepulturas de los obispos y abades allí enterrados. De igual modo, Sancho Martínez de Leiva y su mujer Teresa García sabemos por documentos de 1279 y 1292 que entregaron todas sus posesiones para contar en el monasterio con una capilla para su enterramiento, y elevar un altar a San Millán que carecía de él, dotándola de ornamentos, cálices y libros²⁸.

Por tanto, y de acuerdo a las referencias anteriores, conocemos alguna característica más de la primitiva abadía de Yuso. En su iglesia existían dos altares, uno dedicado a Santa María y otro a San Juan, donde se ubicaban las arcas de reliquias de san Millán y san Felices, respectivamente, y, al final del siglo, se añadiría probablemente una capilla funeraria y un altar a san Millán. Tres imágenes, al menos, había en ella, una del Crucificado, otra de la Virgen y otra de san Millán. Obviamente, contaba con coro y sacristía donde se guardaban ornamentos y objetos de uso litúrgico. En un paramento del claustro se encontraba una imagen de la Virgen y unos escudos. De los caracteres formales y materiales de estas piezas nada se dice. No se han conservado ni ornamentos, ni cálices, ni incensario, ni lámparas que se citan en las donaciones del siglo XIII, pero sí dos imágenes, aunque muy deterioradas: un Crucifijo románico de hacia 1200 en madera policromada (Museo de La Rioja) y una Virgen con el Niño del siglo XIII (Museo del Monasterio de Yuso)²⁹. Así mismo, la iglesia de Yuso conserva una pila bautismal de hacia 1200 con pie ajarronado y cuerpo de gallones con cenefa de motivos vegetales en relieve. Más difícil de ver por su ubicación es la campana conocida por

28. “rogamos e pidiemos mercet al abat don Yenegro e al conuiento de Sant Millan que nos diessen logar sennalado en el su monasterio, do fiziessemos vna capiella para nuestro enterramiento; et el abat e el conuiento sobredichos, porque non auie en el monasterio altar de Sant Millan, e por fazer a nos bien e mercet, touieron por bien de nos dar logar do fiziessemos nuestra capiella e pussiessemos y altar que ouiesse Sant Millan, e diemos por la capiella sobredicha uestimentas e calices e libros e todo complimiento...” (publicado por Ramón MENÉNDEZ PIDAL en *Documentos lingüísticos de España*, doc. 105, recogido por RODRÍGUEZ DE LAMA, I., *Colección Diplomática...*, op. cit., t. IV, doc. 377, y citado en “Índice Cronológico...”, op. cit., 39 (1961), núm. 907).

29. Ver comunicación citada de Minerva SÁENZ RODRÍGUEZ.

“la Bomba”, fechada por inscripción en 1269, y colocada en el actual campanario por el abad fray Benito Salazar (1661-1665)³⁰. También en el siglo XIII puede datarse el fragmento de un nervio enterizo de bóveda, en piedra arenisca, con parte de un baquetón y la mitad de un cuadrifolio, recogido en el patio de San Agustín del monasterio de Yuso, en muy mal estado de conservación (lám. 1). Sin duda, la actividad investigadora y restauradora de los últimos años permitirá localizar más elementos de la antigua construcción medieval, reaprovechados probablemente para la cimentación de los edificios modernos. No debemos olvidar tampoco las



Lám. 1. Fragmento de nervio de bóveda de la abadía medieval de Yuso. Siglo XIII.

muestras de miniatura del denominado por la Dra. Silva y Verástegui “tercer periodo” de actividad artística del *scriptorium* de san Millán, correspondiente a la primera mitad del siglo XIII, conservadas en la Academia de la Historia³¹.

30 Citada por GARRÁN, C., *San Millán de la Cogolla y sus dos insignes monasterios*. Logroño, 1929. El Padre PEÑA nos informa sobre ella: “...pesa mil trescientos kilos. Lleva dos inscripciones latinas circulares. En el círculo superior dice: *Ecce + Domini nostri Jesu Christi: fugite partes adversae: vicit leo de tribu Juda*. En el círculo inferior se lee: *Ave Maria plena Dominus tecum. Sancte Aemiliane ora pro nobis. Eamilianus me fecit*. Entre los cuatro círculos lleva la fecha en que se fundió, pero expresada en números arábigos: 1269” (*San Millán...*, op. cit., p. 221).

31. SILVA Y VERÁSTEGUI, S., “El monasterio de San Millán...”, op. cit., pp. 44-50.

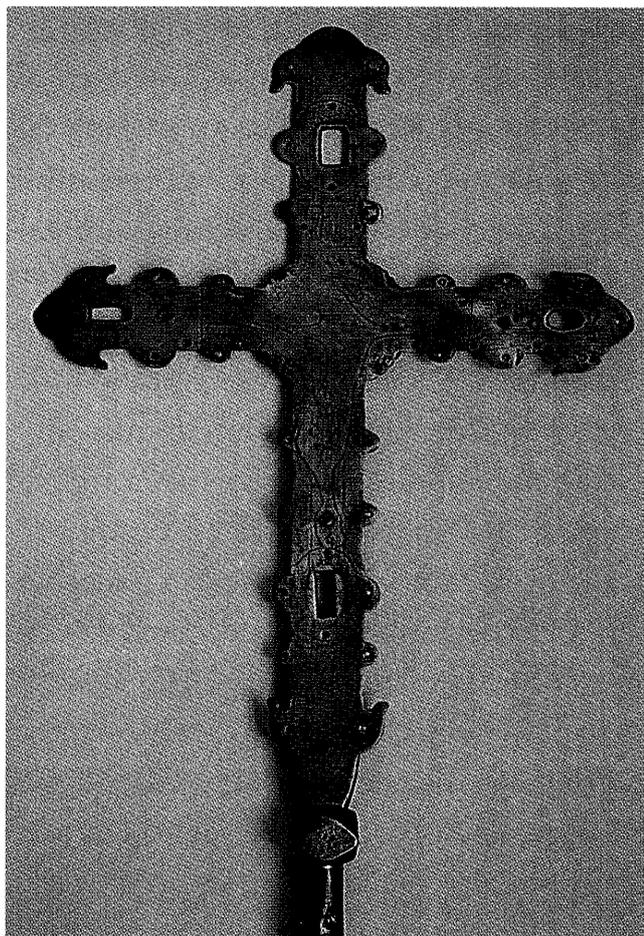
En el siglo XIV, tras recibir de Fernando IV en 1306 derechos perpétuos de mercado un día a la semana y la visita de Alfonso XI en 1329 con otorgamiento de exenciones para sufragar gastos de robos y daños, lo más destacable es el saqueo que debió sufrir el monasterio por las tropas afines a Pedro I. Por tal motivo, Enrique II le confirmará privilegios anteriores y hará nuevas donaciones, fundando cuatro capellanías en 1370 y 1371 “para reparamiento del dicho monasterio porque fue robado e estruido del tirano que se llamaba Rey”, siendo enterrados sus partidarios en el claustro del mismo. Años después, en 1387, Clemente VII otorgará indulgencias a quienes visitasen la iglesia de san Millán en ciertas festividades del año³². No sabemos el alcance concreto de los perjuicios (posible destrucción de documentos del archivo) pero todo indica que en el último tercio del siglo XIV se llevaron a cabo obras de reparación. Por otro lado, una labor que debió ser constante estaba dirigida al control de las aguas en el valle que con frecuencia debían causar deterioros en los edificios y propiedades cercanas al convento, uno de los problemas más acuciantes en la conservación de Yuso hasta el siglo XX. Así, la primera noticia al respecto data de 1388 en la que se nos informa del compromiso por parte de los vecinos del valle, vasallos de la abadía, de construir un cauce de piedra para conducir el agua, de modo que no dañase el llamado “parral de la torre” (situado al este de la iglesia actual, según planos de comienzos del siglos XVII), ni los molinos de San Millán³³. Nada se conserva de este patrimonio inmueble aunque a nuestro siglo llegaron algunos bienes del siglo XIV, destacando entre todos las dos tablas pintadas al temple por ambas caras, representando escenas de la vida de la Virgen, Jesús y san Millán que pertenecían a las hojas de un tríptico gótico existente en la iglesia de Suso, descritas por Sandoval y conservadas desde 1965 en el Museo de La Rioja³⁴. También Sandoval describe en el retablo del altar mayor de Suso

32. “Índice Cronológico ...”, op. cit., 41 (1962), núms. 1015, 1010, 1045.

33. *Ibidem*, núm. 1046.

34 . SANDOVAL, op. cit., fols. 21 v.-22 v. Ver estudios específicos de RUIZ DE GALARRETA, J.M., “El retablo gótico de San Millán de la Cogolla”, *Berceo*, 41 (1956), pp. 463-472; GALILEA ANTÓN, A.M., *Aportación al estudio de la pintura gótica sobre tabla y sarga en La Rioja*. Logroño, 1985; DE LAS HERAS Y NÚÑEZ, M.A., “Las tablas de San Millán de la Cogolla”, *Actas del Segundo Coloquio sobre Historia de La Rioja*. Logroño, Colegio Universitario de La Rioja, 1985, pp. 57-71 y SÁNCHEZ TRUJILLANO, M.T., “Estudio ambiental de las tablas de San Millán, indumentaria”, *Actas del Segundo Coloquio sobre Historia de La Rioja*. Logroño, Colegio Universitario de La Rioja, 1985, pp. 73-85.

una figura de bulto de San Miguel y otra de la Virgen con Niño. De la primera nada sabemos y la segunda, que conocemos por la fotografía publicada por Constantino Garrán, se extravió hacia 1964, según comenta el Dr. Moya Valgañón, quien inventarió en los años setenta de nuestro siglo una imagen en piedra representando a san Millán que se encontraba en la cueva del santo, hoy en paradero desconocido, de la que sabemos que fue trasladada allí en el siglo XIX desde el altar de la capilla del cenotafio, donde se dispuso otra procedente de Yuso, y, asimismo, otra imagen en madera de San Juan, hoy en el Museo de La Rioja³⁵. En lo referido a la orfebrería, en un almacén del Monasterio de Yuso, se encuen-



Lám. 2. Cruz procesional.
Cobre. Siglo XIV.

tra una cruz de cobre con cañón de madera (0,47 x 0,315 m; 0,16 m enchufe; 0,40 m cañón), que apenas muestra lo que fue en origen. Ha perdido la imaginería, los apliques y cabujones de piedras, y el dorado, añadiéndosele en un intento de restauración un medallón en el crucero del reverso. Se trata de un tipo gótico de cruz de brazos rectos de remate flordelisado con expansiones ovales en los brazos y decoración incisa de motivos de vástago ondulante en el reverso, y perfil del Crucificado en el anverso. En el nudo del enchufe lleva una pieza poliédrica con incisiones en las cuatro caras frontales de dos castillos y dos leones, armas que pueden indicar un donativo regio (lám. 2).

Nada reseñable hallamos durante los dos primeros tercios del siglo XV referido a estos temas que nos preocupan, a no ser el traslado desde San Cristóbal de Tobía de las reliquias de los santos discípulos de san Millán, Citonato,

35. MOYA VALGAÑÓN, J.G., *Inventario artístico de Logroño y su provincia*. Tomo IV (inédito). Ver comunicación de Minerva SÁENZ RODRÍGUEZ.

Sofronio y Geroncio, por parte del abad Diego Fernández de Vergara (1417-1452)³⁶, reliquias que en principio se custodiaron en una urna de madera dorada y policromada, dispuesta tras la de san Felices en el altar de san Juan³⁷. Es probable que para entonces las primitivas construcciones del siglo XI, tras los avatares del siglo XIV, no presentasen una imagen floreciente del monasterio. Tampoco sabemos nada de su solidez y envergadura. Lo cierto es que en el último tercio del siglo tuvieron lugar cambios importantes en la administración del abad Pedro Sánchez del Castillo (1477-+1500), defensor de la reforma de las abadías benedictinas potenciada por los RRCC, reforma que se implantó no sin dificultades en la Cogolla, originando serios conflictos en el seno de la Comunidad³⁸. Sin duda, es en el periodo de su abadiato cuando se gesta la transformación de los edificios medievales de Yuso y se apuesta por un magno proyecto de ampliación que, como se verá en el siglo XVI, tendrá importantes problemas constructivos cuya difícil solución se ha arrastrado hasta finales del siglo XX, debidos a la histórica elección del propio emplazamiento, ya que sus fundamentos se debilitaban constantemente por acción de las escorrentías de las aguas, no ofreciendo la seguridad necesaria a la fábrica. Yepes dirá de este abad que fue “valeroso, docto y prudente” y lo destaca sobre todo por llevar adelante la reforma, aunque “sacó muchos pleitos en favor de la casa e hizo muy buenos edificios”³⁹. El padre Peña señala que este abad pudo construir claustro, refectorio, cerca del convento y un dormitorio, con ayuda de los vecinos de Barrionuevo, y dotar a la iglesia con cálices, incensarios y cetros, todo

36 . PEÑA, J., *Páginas...*, op. cit., pp. 111-112 y *San Millán...*, op. cit., pp. 190-191.

37 . Así se describe en la obra iniciada por Fray Diego MECOLAETA, *Archivo monástico de San Millán de la Cogolla durante el siglo XVIII*. Lectura y transcripción de Juan B. OLARTE. Monasterio de San Millán de la Cogolla, 1999; voz “Reliquias”, pp. 182-186. (Agradezco muy sinceramente al padre Olarte la consulta de este manuscrito, así como la de otros del Archivo de San Millán, agradecimiento que hago extensivo al prior del monasterio, padre Jesús Lerena, y a toda la comunidad de agustinos recoletos por la amabilidad e interés con la que han atendido mis consultas, una ayuda inestimable para la progresiva investigación que desarrollo). Sobre la urna de madera de los santos discípulos ver también la inscripción que cita el padre PEÑA, referida a 1454 (*San Millán...*, op. cit., p. 52-53).

38 . Ver GARCÍA FERNÁNDEZ, E., “Algunos apuntes sobre el monasterio de San Millán de la Cogolla a fines del siglo XV”. *Actas del Segundo Coloquio sobre Historia de La Rioja*. Logroño, Colegio Universitario de La Rioja, 1985, t. I, pp. 399-408, y DIAGO HERNANDO, M., “Situación económica de los monasterios benedictinos riojanos tras su incorporación a la congregación observante”. *Berceo*, 133 (1997), pp. 85-109.

39 . YEPES, op. cit., p. 90.

de plata⁴⁰. Lamentablemente la investigación actual no nos ha proporcionado nuevas noticias sobre los proyectos arquitectónicos en torno al cambio de siglo, pero las estancias como el claustro y el refectorio de Yuso recibirán nueva configuración en la segunda mitad del siglo XVI. Tal vez haya que pensar en Suso pues por los indicios existentes parece probable que tuvo lugar en él alguna reforma y obras de reparación en la capilla del santo, como señala el Dr. Moya Valgañón, donde se pudieron inventariar una ménsula gótica de hacia 1500 y una cabeza de San Millán o San Benito, hispanoflamenca del siglo XV⁴¹. Aún puede verse en el muro oriental de la capilla de san Millán un relieve de alabastro representando la misa de San Martín (0,50 x 0,50 m), gótico de la primera mitad del XV, que estuvo empotrado en el cenotafio del santo⁴². Lo único datable en Yuso perteneciente a este periodo es una puerta de roble y nogal que sirve de acceso al coro de la iglesia, desde el zaguán de la planta primera del claustro. Presenta un montaje que sigue el sistema flamenco de bastidores difundido en el siglo XV.

EL SIGLO XVI

Durante todo el siglo XVI la abadía de San Millán se encuentra inmersa en la edificación de la nueva iglesia y monasterio de Yuso. En general, todos los abades participan en la empresa, envuelta en un buen número de dificultades. En un artículo anterior comentamos las distintas fases constructivas de este patrimonio arquitectónico, resumen de las noticias histórico-artísticas conocidas hasta el momento⁴³. Dos fases señalamos para el siglo XVI, la primera entre 1500 y 1542 en la que se construyó la iglesia, bajo la dirección de maestro García y Juan Martínez de Mutio, y la segunda entre 1549 y 1597 en

40. PEÑA, J., *Páginas...*, op. cit., pp. 113-114 y en *San Millán...*, op. cit., pp. 192-193. Según el manuscrito citado de Diego MECOLAETA, Pedro del Castillo realizó una urna de plata en 1483 para la custodia de diferentes reliquias sueltas.

41. MOYA VALGAÑÓN, J.G., *Inventario artístico de Logroño y su provincia*. Tomo IV (inédito).

42. Así puede verse en fotografías de las guías de RUIZ DE GALARRETA, J.M., *San Millán de la Cogolla. Guía del visitante de sus dos monasterios*. Logroño, 1947 y RUIZ DE GALARRETA, J.M. y ALCOLEA, S., *Guías Artísticas de España. Logroño y su provincia*. Barcelona, Aries, 1962.

43. ARRÚE UGARTE, B. y MARTÍNEZ GLERA, E., "Valoración del patrimonio arquitectónico del monasterio de San Millán de la Cogolla de Yuso (La Rioja)", *Berceo*, 133 (1997), pp. 111-140.

la que se edificó al sur de la misma el claustro bajo por el último maestro citado, se completó la cabecera con sacristía y sala capitular, y una planta sobre ellas, siendo responsables Juan Andrea Rodi y Juan Pérez de Obieta, y el ala sur del claustro con dos refectorios, obra de Juan Pérez de Solarte, iniciándose otra prolongación al sur para estancias conventuales en torno a un patio, llamado de la Luna o de san Agustín. En 1573 un error técnico obligó a derribar y modificar el plan de la cabecera y en 1595 se declaró la ruina de la nave norte de la iglesia, problemas que no encontrarán solución hasta el siglo XVII, obligando a una remodelación importante del plan original, tras la visita y sucesivas propuestas de diferentes arquitectos (el burgalés Pedro de la Torre Bueras, el italiano Giovanni Vincenzo Casale o Francisco de Mora⁴⁴, discípulo de Juan de Herrera y maestro mayor de las obras reales de Felipe II y Felipe III). Por otro lado, las fuertes lluvias y tormentas de 1529 y 1532 inundaron gran parte de la obra nueva y de la vieja, así como edificios del convento, siendo de consideración la evaluación de los daños. Por tanto, el siglo vino marcado por la constante ejecución de obras. Pero, al margen de las de nueva planta, se constatan otras de conservación del patrimonio anterior. Así, entre 1518 y 1520, se arreglaron las cercas derribadas durante la guerra de Comunidades (tapias del Nogueral), a instancias del abad Diego de Rojas⁴⁵, y en 1533 se buscó solución a los problemas de las últimas inundaciones con la construcción de un muro de defensa al norte de la iglesia⁴⁶, muro que se mantendrá hasta el siglo XVIII cuando se proyectó el espacio de la plaza.

La actividad artística no se limitó a la arquitectura sino que, al final de siglo, se inició la contratación del adorno y mobiliario de la iglesia y convento, y algunas restauraciones de bienes existentes. En 1594 se concertó el dorado de la mazonería del retablo mayor con Juan de Medina, vecino de El Busto⁴⁷. Por las condiciones de este contrato conocemos que estaba dedicado a Nuestra Señora y que en el banco contaba con cuatro casas cerradas con puertas para albergar en ellas las arcas de reliquias que custodiaba el monasterio, además de la central para el sagrario. La longitud del pedestal era casi de seis metros y el retablo se remataba con un frontón, una corona y la representación del Espíri-

44 . ASM, Juan López de Pedrosa, 1617-1618, tomo 3, fols. 51 r. - 53 v.

45 . PEÑA, J., *Páginas...* op. cit., pp. 117-118 y en *San Millán...*, op. cit., p. 198.

46 . MOYA VALGAÑÓN, J.G., *Arquitectura religiosa del siglo XVI en La Rioja Alta*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1980, t. II, doc. 30.

47. ASM, Diego de Miranda, 1590-1595, tomo 1º, leg. 7, fols. 61 r.-62 v.

tu Santo en el tímpano. El resto de las calles y pisos se completaba con seis lienzos (tres de 3,08 x 1,96 m y otros tres de 2,38 x 1,54 m aprox.), enmarcados por molduras de unos catorce centímetros, doradas y con friso en azul, disponiéndose también letras góticas alrededor de los lienzos, así como en la guardación de la casa de la Virgen que llevaría un letrero del Ave María por fuera y se pintaría por dentro con algunas flores rojas y el color acordado con el prior. El pintor seguiría para el dorado de los marcos lo señalado en una tabla que tenía fray Pedro de Oñate, fustero, y llevaría a cabo otras labores en guardapolvo y elementos de adorno. Por el trabajo completo el pintor recibiría 106 ducados, iniciándose el pago con 300 reales para su comienzo a los quince días de la Pascua de Navidad, trabajo que realizaría en una habitación habilitada para ello en el monasterio, donde residiría hasta acabarlo.

Otro contrato importante se firmó con el pintor de Valladolid Francisco Martínez, residente por entonces en La Rioja, en el monasterio de jerónimos de la Estrella. Distintas tareas se comprometió a realizar por 1.722 reales en enero de 1598, que debía acabar en marzo de ese año, algunas significativas en cuanto a la iconografía e intervención en bienes anteriores⁴⁸. Debía dorar la mazonería del retablo de san Pedro y san Pablo (molduras, friso, cruz y pirámides), excepto el friso del banco, o “peana”, que pintaría al óleo con historias y figuras acordes a las imágenes de los titulares. También pintaría en el lienzo principal un Cristo con la cruz a cuestas (“como quando se encontró con san Pedro y, preguntado por san Pedro dónde yba, respondió que a Roma a ser otra uez crucificado”), y otra figura de San Pedro (“que parezca (que) está hablando con Christo”). De interés son los retoques que se conciertan en el lienzo principal considerado “pobre”, por lo que lo debía “enriquecer, adornar y hermohear en lo que es el suelo con algunas yeruas”, y una mano de San Pablo, “escorzada y fuera de arte”, la debía reducir y “ponerla en toda perfección”. De igual modo, doraría y pintaría el banco de otros dos retablos que había en la iglesia, uno dedicado a santa Ana y otro a san Miguel, siguiendo las pautas de lo hecho en el de san Pedro y san Pablo. Doraría, así mismo, los marcos y molduras de tres lienzos, de san Gregorio, de santa Escolástica y del Crucifijo, de modo semejante a los del altar mayor, con frontispicios y bancos

48. CADIÑANOS BARDECI, I., “Noticias para la Historia del Arte del Monasterio de San Millán de la Cogolla”, *Recollectio*, vol. XIV (Roma, 1991), pp. 307-321, docs. 8 y 12 (AHN, Clero, libro 6042, fols. 144 y 194).

(0,56 m. alto, aprox.), y añadiría lienzo a dos de ellos pues no tenían suficiente altura respecto a la anchura (los de santa Escolástica y san Gregorio), de forma que no se notase (“sin que parezca añadiencia”). Además, pintaría de brocado las casas del altar de Nuestra Señora, que eran las de las cuatro Vírgenes con la del Niño Jesús en el centro, ésta de brocado más rico, dorando las cornisas, frisos, frontispicios y pirámides. Otra tarea se refería a la policromía de los medallones o claves de las bóvedas de la iglesia, en un total de veintiséis, incluido la del Monte Calvario. Francisco Martínez encarnaría los rostros, brazos y manos y el resto de las partes descubiertas del cuerpo, y aquello que hubiese perdido el dorado o estuviese estropeado lo repararía lo mejor posible, “con todas sus ynsignias doradas y coloreadas”. Por consiguiente, todo el trabajo de este pintor estaba encaminado a conseguir una mejor presencia del mobiliario de la iglesia, junto a la restauración del dorado y policromía de las claves que, por el número señalado, pudieran ser las de unión de los nervios de las bóvedas del crucero y cabecera, realizadas en madera y de las que quedan señales de su inserción en la piedra. (Buenos exponentes del relieve en piedra son las claves conservadas en las bóvedas del sotocoro y claustro bajo, que responden a otra iconografía).

En cuanto a la actividad en otros campos artísticos, sabemos por Yepes que en 1573 se trasladaron desde Santurdejo a la iglesia las reliquias de santa Potamia⁴⁹, que se custodiaron en el arca de plata que mandó realizar en 1483 el abad Pedro del Castillo, disponiéndose las reliquias sueltas que ésta contenía en sendas medallas-relicario. Las de los santos Citonato, Geroncio y Sofronio se cambiaron a un arca nueva de plata en 1592, cuya confección había sido contratada en 1589 por el abad Álvaro de Salazar con Domingo González, platero de Nájera⁵⁰, prometedor artífice por entonces, así como el platero de Logroño Pedro Cordero que en 1592 firmó una obligación con el monasterio⁵¹. De este modo, se completaban las cuatro urnas de reliquias para las que se había tenido en cuenta una ubicación en el desaparecido retablo mayor del siglo XVI. También a finales del siglo, en 1597, se concertó una parte del mobiliario del refectorio mayor con Juan de Iriarte, ensamblador de

49. YEPES, op. cit, p. 76.

50. OLARTE, J.B., *Fray Diego Mecoleta, Archivo...*, op. cit. pp. 182-186.

51. AHPLR, Índices del Valle de San Millán, fol. 57. Pedro Cordero firmó otra obligación en 1619 (Ibídem, fols. 114 y 115). La actividad de estos plateros puede seguirse en ARRÚE UGARTE, B., *Platería...*, op. cit., pp. 129-131 y 150-152.

Vitoria, que debía estar acabado en septiembre de 1598, costándole al monasterio algo más de 550 ducados⁵². Por fortuna sí ha llegado hasta nosotros este mobiliario, de conservación tan poco habitual, aunque necesita tareas de restauración. Se trata de un magnífico exponente de sillería corrida en nogal, de bancos de 34 m de longitud en cada muro lateral, y de 9 m en el frontal, con respaldos de 1,65 m de altura. Se articulan los paneles de sus frentes con molduras y 98 pilastras acanaladas de orden jónico con su correspondiente entablamento, rematándose el asiento del abad por un sencillo frontón triangular moldurado (lám. 3). También en este refectorio se ha conservado un púlpito de madera de nogal labrada de gran calidad del que no se ha documentado autor, y que debió ser trasladado posteriormente aquí, ya que en el contrato de la construcción del refectorio con Juan Pérez de Solarte, en abril de 1580, se establecía que los púlpitos de los dos refectorios fueran de piedra y que en los



Lám. 3. Mobiliario del refectorio mayor. Siglos XVI-XVII.

52. CADIÑANOS BARDECI, I., "Noticias ...", op. cit., pp. 307-321, doc. 10 (AHN, Clero, libro 6042, fol. 107).

paños de los mismos se esculpieran las armas de san Millán, del rey don García, del conde Fernán González y del convento⁵³. En el actual, las armas de San Millán sirven de apoyo al águila con alas explyadas que forma el pie (70 cm) sobre el que se alza un basamento que continúa las líneas de molduras del entablamento de la sillería corrida, y decora su friso con relieves (11 x 44 cm) de parejas de figuras recostadas (san Jerónimo y otro santo Papa, los evangelistas san Marcos y san Juan, y dos obispos). El cuerpo del púlpito, ochavado de tres lados (1,20 m alto), presenta tres paneles tallados (70 x 43 cm) con relieves de san Millán, san Benito y san Braulio, entre termes en los esquinazos, y se remata con un entablamento moldurado de friso decorado con roleos vegetales (lám. 4). El acceso al púlpito es en arco rebajado sobre pilastras, rematado por un frontón triangular moldurado, hoy oculto por el guardavoz de pino

Lám. 4. Púlpito del refectorio mayor. Último tercio del siglo XVI.



53. *Ibíd.*, pp. 307-321, doc. 5 (AHN, Clero, libro 6042, fol. 125: “Traslado del contrato de la obra de Joan Pérez de Solarte”).

añadido en el siglo XIX. Estudio especial merece también el púlpito de la iglesia, de abundante figuración tallada de mediados del siglo XVI, recientemente restaurado y más conocido al poder ser visitado. La iglesia de Yuso conserva también una pila bautismal, en copa de perfil liso con resaltes para escudos sin labrar, obra de finales del siglo XV o comienzos del siglo XVI⁵⁴.

En general, si exceptuamos el patrimonio arquitectónico y la escultura monumental, o los bienes arriba citados, no son muchos más los conservados del siglo XVI, pues ni el primitivo retablo mayor, ni los de san Pedro y san Pablo, ni los de santa Ana, san Miguel y Nuestra Señora han llegado a nuestros días. En el Museo del claustro alto de Yuso se guarda de esta época una imagen de la Concepción (41 cm alto) en madera policromada, sobre peana de cabeza de ángeles, y mal estado de conservación, que tal vez pudo pertenecer a uno de ellos. En la Sala de las Reliquias, una imagen del Crucificado en bronce dorado sobre cruz de ébano y peana relicario, obra de gran calidad que se ha atribuido al legado del cardenal Aguirre quien la recibió del duque de Toscana, pieza que sí figura en su testamento y que dejaba al rey. En un desván se guarda en muy mal estado una cruz procesional en cobre, del tipo arborescente, datable a comienzos del siglo XVI, que ha perdido la imaginería, remates y buena parte de los nudos de sus brazos. Por otro lado, no se conserva en la actualidad una lámpara que reproduce fray Miguel Avellaneda en su Guía del monasterio, en hierro forjado y repujado que por su forma pudo realizarse en esta época⁵⁵. Los lienzos mencionados no existen hoy, aunque se mantuvo en posteriores retablos advocaciones semejantes como en el retablo de san Pedro y san Pablo que encargó el abad fray Dionisio Lozano (1773-1777)⁵⁶, cuyo lienzo titular tomó por modelo otro de Navarrete el Mudo, conservado en El Escorial. Cabe señalar la carencia de aportaciones investigadoras al desarrollo en este monasterio del arte de la miniatura, actividad que no desapareció en época moderna y cuyo estudio podría ser de interés, sabiendo, como sabemos, que profesó en Suso en 1574 fray Martín de Palencia, ilustrador llamado por

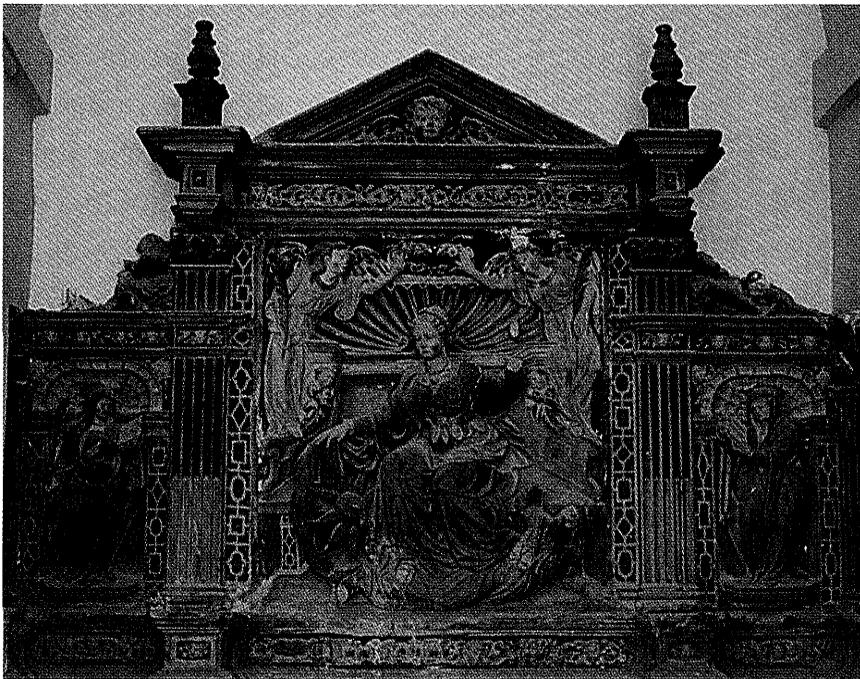
54. En 1542 se trasladó de la iglesia de santa Potamia en Santurde una pila bautismal que puede ser ésta o la de 1200, mencionada anteriormente (PEÑA, J, *Páginas...*, op. cit., p. 119 y en *San Millán...*, op. cit., p. 200).

55. AVELLANEDA, M. de, *Guía del Turista del libro "El Escorial de la Rioja"*. Granada, Tipografía de Santa Rita, 1935, n° 3 ("fragmento de la lámpara de San Millán, de hierro repujado. Parte superior parecida a la inferior. No la hemos conocido los PP. Recoletos").

56. PEÑA, J, *Páginas...*, op. cit., p.147 y en *San Millán...*, op. cit., p. 237.

Felipe II al monasterio de san Martín de Madrid, autor de un libro para las Procesiones, “escrito y magníficamente iluminado en vitela, forrado en plata, con grabaduras y figuras de oro, que representan, de una parte, Santos de la Orden, y de otra, los del Monasterio; su frontispicio va copiado separadamente”, según relata Jovellanos y recogerá Ceán Bermúdez⁵⁷. La pérdida de ornamentos, platería y libros en las inundaciones de los años treinta debió ser significativa y ningún resto ha quedado tampoco de las arcas de plata de santa Potamia y de los otros discípulos de san Millán. Sin embargo, no podemos olvidar las excelentes realizaciones de escultura en piedra del ala oeste del claustro bajo (imágenes de san Millán, san Benito, santa Aurea y san Plácido) y los retablos en piedra policromada de san Ildefonso y santa Catalina del claustro alto (lám. 5), o el santo renacentista inventariado en el monasterio de Suso.

Por otro lado, en el siglo XVI comienza a constatarse una labor fundamental de la abadía benedictina de San Millán que es la referida al cuidado de las iglesias, ermitas y edificios que estaban bajo su jurisdicción, controlado su



Lám. 5.
Retablo de Santa Catalina. Claustro alto. Piedra policromada, mediados del siglo XVI.

⁵⁷ JOVELLANOS, G.M. de, *Obras III*. Diario Sexto (1795-1796). Itinerarios X al XII. Madrid, BAE, 1956, t. LXXXV, p. 281 y CEÁN BERMÚDEZ, J.A., *Diccionario de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*. Madrid, Vda. de Ibarra, 1800, t. IV, p. 27. El padre PEÑA nos informa de que en 1604, al volver de la Corte, donde enseñó a escribir a las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina, reclamó parte del pago de sus servicios al rey y escribió e iluminó un Evangelionario que se guarneció de plata (en *Páginas...*, op. cit., p. 120 y en *San Millán ...*, op. cit., pp. 93-94 y 200-201).

estado y administración en visitas bianuales⁵⁸. La reparación y dotación corría a cargo del abad, sin cuyo permiso nada se podía ejecutar, aunque se tuviese en cuenta la opinión de la localidad. De este modo, en 1549 el monasterio ayudó con pagos en pan al cantero que edificó la parroquia de Bobadilla; en 1563 contribuyó a la reedificación de la iglesia de Camprovín con 300 ducados y en 1586 se reparó la parroquial de Ventosa con las aportaciones de los vecinos⁵⁹. El control económico era riguroso como lo demuestra el hecho de que en 1591 el abad ordenase al cura de Cordovín que terminase de pagar la custodia de la iglesia a Diego Díaz, platero de Nájera, o que en 1598 instase al de Cárdenas a que paliase la deuda que tenía con Domingo González, platero que anteriormente había trabajado para el monasterio⁶⁰. Por otro lado, los contratos de obras y su tasación se registraban con minuciosidad y archivaban por localidades. Así, en los papeles referidos a la jurisdicción de Altable (Burgos) se anota una escritura de concierto, firmada ante Fernando Criales en 1512,

58. SÁENZ RUIZ-OLALDE, J., *San Millán de la Cogolla. Historia económica, administrativa y social en la época moderna*. Pamplona, Eunsa. Edic. Universidad de Navarra, 1991, cap. V. La atención que presta este autor a la jurisdicción eclesiástica creo que merece la pena destacarla ya que puede ser de utilidad para los historiadores del arte conocer cuáles eran los edificios dependientes del monasterio, pues éste controlaba al máximo cualquier obra de carácter artístico, nueva o de restauración, que en ellos se llevase a cabo. Así, para evidenciar la extensión de este patrimonio, resumimos los edificios de esta jurisdicción: en el partido de Nájera, Santa María de Badarán, Santa María de Cordovín, Santa María de Ledesma, Santa María de Villaverde, San Saturnino de Ventosa, Santa María de Cárdenas, San Martín de Camprovín, Nuestra Señora del Campo de Bobadilla (temporalmente) y San Sebastián de Lugar del Río (temporalmente); en el de Santo Domingo de la Calzada: Santa María de Villarejo; en el de Haro: San Juan de Cihuri, Santa María de Arce y San Martín de Fonzaleche; en el de Miranda de Ebro: San Sebastián de Altable; en el de Villarcayo: Santa Eulalia de Miñón y la Zarzosa, Santos Medel y Celedonio de Taranco, Santos Cosme y Damián de Ciella y San Martín de Herrán (temporalmente); en el de Belorado: San Martín de Ezquerria y San Miguel Arcángel de San Miguel de Pedroso; en Álava: San Andrés de Bolívar, San Clemente de Obaldía (Madaria), San Vicente de Añes, Santiago de Edeso, Santa María de Aguiñiga, Santa María de Maroño y Santa María de Salmantón o San Antón (las cuatro últimas, temporalmente). Sujetas a la matriz de San Millán hasta 1835: Villaverde, Ledesma, Camprovín, Ventosa, Cordovín, Cárdenas, Badarán, Villarejo, Cihuri, Fonzaleche, Arce, Altable, Bolívar, Madaria, Añes, Ciella, Taranco y San Miguel de Pedroso. Las ermitas alcanzaban el número de 88 en el siglo XVI, reducido a 55 en el XVIII (ibídem, pp. 357-361).

59. Ibídem, pp. 359 (n. 31) y p. 377.

60. Ibídem, pp. 380 y 381. Distintos pleitos mantuvo también el monasterio con personas civiles que edificaban viviendas y pajares, o abrían caleras, en localidades de su jurisdicción sin haber solicitado previamente al abad licencia de construcción (en OLARTE, J.B., *Fray Diego Mecoleta, Archivo...*, op. cit. pp. 146, 152, 161 y 220).

entre el abad Diego de Rojas y un entallador del lugar y un pintor de Nájera, quienes se encargarían de realizar un retablo para su iglesia de San Sebastián. Por otras escrituras posteriores, firmadas ante Matías de Medrano y fechadas en enero y febrero de 1594, sabemos que el relicario fue encargado al escultor de Burgos Juan de Esparza quien nombró para su tasación, una vez acabado, a Lázaro de Leiva, escultor de Santo Domingo de la Calzada, siendo tasador por parte del monasterio Diego Gil de Gofia, arquitecto de Logroño. Estos maestros lo valoraron en 3.598 reales, considerando que Esparza debía tallar dos figuras de bulto redondo al lado del Ecce Homo. El escultor recibió del prior Plácido Alegría veintiséis fanegas de trigo para gastos de la tasación por lo que se vio envuelto en un pleito con los hermanos Miguel y Bartolomé Ruiz, bordadores de Tricio y Arenzana, que habían realizado distintos ornamentos para la misma iglesia y no habían cobrado por ello⁶¹.

EL SIGLO XVII

Durante la primera mitad del siglo XVII las obras en Yuso continuaron, centrándose principalmente en la reconstrucción de la zona norte y oriental de la iglesia, dada la ruina de lo construido anteriormente, y trabajándose con intensidad entre 1599 y 1636. En 1627 no se habían echado los tejados de la iglesia nueva y en junio de 1629 todavía se decidía sobre los de la zona norte y las azoteas⁶². Por entonces aún no estaba resuelta la altura del coro alto, que no se decidirá hasta 1630⁶³, y la construcción de la torre aún no se

61. AHN, Clero, leg. 3058 (“Memoria de los Papeles que este Real monasterio de Sant Millán tiene en su Archivo tocantes a su jurisdicción eclesiástica del lugar de Altable...”).

62. En el consejo del monasterio, presidido entonces por el abad Hernando de Amescua, se advierte en la sesión del 24 de septiembre de ese año que “los medianiles de la yglesia que salen al paredón principal se acaben antes de hechar la cornisa”, tal y como se había concertado en la escritura de la obra, ordenando dar aviso a Francisco del Pontón, maestro de cantería a cargo de ella, para que lo cumpliera. De igual modo se le advertirá de lo apuntado en la sesión del 14 de noviembre: “que no se hechassen (aún) los texados de la yglesia nueva, atento que los medianiles no han subido lo necesario y conforme la escritura para asegurar las bóvedas de la capilla mayor” (AHN, Clero, Libro 6086 [Libro de actas del Consejo, 1626-1640], fol. 16 v. y 19 r. y v.). En junio de 1629 se decidió sobre lo proyectado para el tejado de la zona norte de la iglesia y las azoteas o corredores que se pensaban disponer a ambos lados de ésta (ibídem, fol. 55 r.).

63. “que el choro alto se vaje en niuel del claustro como otras vezes se ha tratado en otros consejos, siendo esta vltima resolución, y que viendo que es conveniente se queden las capillas de la yglesia antiguas y que quedarán seguras se queden, pero que se hagan, dado este caso, las colaterales al mismo modo y se concierte con el cantero el aprovecha-

había iniciado, pese a que debía estar acabada en 1629 por la escritura de contrato firmada en 1617 con los maestros Pedro de Aguilera, Francisco del Pontón, Pedro de la Cuesta y Juan de Solano. Hasta comienzos de 1633 no se determina la continuación del cuerpo ochavado de la torre, cuya ubicación se había proyectado en principio a los pies de la iglesia y posteriormente tras la capilla mayor, decidiéndose dar la obra por 5.000 ducados, a propuesta del abad fray Benito González, a Juan de Urruela, que era por entonces maestro de obras de la catedral de Calahorra y diseñará poco después el cuerpo de campanas de la torre de Autol, entre otras torres de iglesia riojanas⁶⁴.

Entre tanto las obras de la iglesia proseguían, habiéndose nombrado en abril de 1632 al padre fray José de San Román maestro de obras de ellas y a fray Lorenzo de Robredo, veedor de la que había ordenado el visitador de la Orden en el paredón del Parral⁶⁵. Pero en julio de 1633 se vio que el convento tenía serias dificultades económicas y solicitó al General de la Orden el cese de las obras hasta que no visitase la casa y comprobase sus necesidades⁶⁶. El abad Hernando de Amescua (1633-1637), llegó a proponer en abril de 1635 una censura con varios puntos para su cumplimiento, dado el menoscabo de la casa en provisiones y alhajas en los últimos años⁶⁷ y, en noviembre de ese año, se decide que el monasterio no podía proseguir la obra principal que había pagado por espacio de quince años a Francisco del Pontón y Pedro de la Cuesta con las rentas y diezmos que tenía en Badarán y Cárdenas. Por ello, el consejo monasterial acordó anular las obligaciones que con estos maestros tenía por escrituras desde 1617 y 1631, pagando a cambio del entendimiento con Pontón 800 ducados en cinco años, de los cuales 400 podrían obtenerse de la venta de haciendas en Cirauqui y Manero⁶⁸. Curiosamente, en 1634 Francisco del Pontón solicitará el hábito de la orden, confirmándose su profesión en 1639⁶⁹. Por otro lado, la

miento de la piedra franca y otras con el gasto que hiziere en derribar dicho choro viejo” (AHN, Clero, Libro 6086, fol. 73 v., y acuerdo de julio de 1627 en fol. 13 v.)

64. AHN, Clero, Libro 6086, fols. 55 v., 92 r., 109 v.-110 r. y 120 r.-121r.

65. *Ibíd.*, fol. 107 r.

66. *Ibíd.*, fol. 131 v.

67. *Ibíd.*, fols. 153 r.-154 r.

68. *Ibíd.*, fols. 147 v., 148 v., 149 r., 151 r., 164v.-165 r. (ver también, CALATAYUD FERNÁNDEZ, E., *Arquitectura religiosa en la Rioja Baja: Calahorra y su entorno (1500-1650). Los artífices*. Logroño, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de La Rioja, 1991, t.II, doc. 1090).

69. *Ibíd.*, fols. 146 r. y v.; en enero de 1638, habiendo recibido licencia para llevar el hábito negro, “el santo consejo, atendiendo a sus canas y al officio que a de hacer,

precaución de este abad volverá a manifestarse en 1636 cuando, ante el derribo que habían producido las aguas en el paredón de la huerta y dada la constante amenaza del río, consideró muy necesaria su protección con otra defensa de calicanto anterior a la existente, pero, puesto que “tenía la cassa muchas cossas a hacudir y estaua muy alcançada”, propuso que los 200 ducados que estaban destinados a la compra de materiales para la obra de la torre, de acuerdo al mandamiento de una visita anterior, se destinasen a la construcción del paredón y reparo de la huerta, propuesta aceptada por el consejo⁷⁰.

La penuria que muestra el monasterio en la década de los treinta pudo verse en algo compensada con el depósito de dinero en plata que entregó el indiano Pedro de Cerezo para la fundación de una capellanía en diciembre de 1636⁷¹, siendo todavía abad Hernando de Amescua. Seis años después, en 1642, el abad Benito Fernández abordó la construcción de la portada principal de la iglesia, realizada por los arquitectos Pedro Ezquerro de Rojas y Francisco de la Iglesia, siguiendo trazas de Juan Bautista de Velasco, y, en su segundo periodo de abadiato de 1649 a 1653, realizará una reforma consistente en la ejecución de una escalera de comunicación del claustro con el noviciado de la planta superior, para lo cual, según nos relata el padre Peña, “fue necesario trincar una de las robustas columnas de la nave meridional de la iglesia”. No obstante, llevó a cabo también el refuerzo de los muros del monasterio, adosando dos contrafuertes al esquinazo de la sacristía vieja, de algo más de dos metros y medio de profundidad⁷².

Pese a los esfuerzos constructivos realizados en Yuso, durante la primera mitad del siglo el monasterio no abandonó el resto de su patrimonio inmueble. Entre 1601 y 1603 reparó el tejado de la ermita de Nuestra Señora del Espino, en el mismo valle, gastando 150 ducados en teja, ladrillo y cal para la obra, llevada a cabo por Juan Pérez de Solarte y el carpintero Juan de Berrueta⁷³. En 1607 instó al cura de Ventosa a que hiciera una corona de

andando siempre fuera al ayre y el frío, pidió a su Paternidad le cubriese la caueza y por parecer de todos se vino en que se le diese capilla” (ibídem, fol. 195 v.); en 1639 se aprobó su profesión (ibídem, fols. 206 v.-207 r. y 208 v.). En 1639 se concedió el hábito de ermitaño a José de Argáiz, “oficial de entallar” (ibídem, fol. 214 v.).

70. Ibídem, fol. 174 r. y v.

71. Ibídem, fol. 166 v. (se advierte al margen que se anotan, después de 1639, actas anteriores).

72. PEÑA, J, *Páginas...*, op. cit., p.129 y en *San Millán...*, op. cit., p. 215 y 216.

73. CALATAYUD FERNÁNDEZ, op. cit., t. II, docs. 606 y 643.

plata para la imagen de Nuestra Señora, con la donación testamentaria de un feligrés. En 1614 ordenó la restauración inmediata de la ermita de San Felices de Oca, dada la presión del arcediano de Briviesca que ordenó a sus feligreses que no diesen sus rentas y diezmos hasta que no se reparase. La obligación del mantenimiento en buen estado de las fábricas por parte de los patronos seculares quedó de manifiesto en 1615, tras la visita al valle de Ayala del obispo de Calahorra Pedro del Castillo quien consiguió una provisión real por la que se les recordaba esta responsabilidad y ordenaba aumentar las congruas de los clérigos para proveerlas de ornamentos y restaurarlas, ya que muchas de las iglesias se encontraban sin cubiertas y expuestas a las inclemencias del tiempo. El abad de San Millán reaccionó, oponiéndose al corregidor de Bilbao, que era el encargado del cumplimiento de la orden real, alegando que con los diezmos que recibía de sus iglesias anejas en ese valle (Añes, Salmantón o San Antón, Aguiñiga y Maroño), se sustentaban los monjes del priorato de Obaldía, estando fijados los ingresos desde hacía tiempo y habiendo gastado con anterioridad 300 ducados en la reparación de la iglesia de San Clemente de Obaldía⁷⁴. En 1625 el abad Hernando de Amescua abordará la reedificación de la ermita de Santo Domingo de Silos, antes llamada de Nuestra Señora sobre Cañas, obra encargada a Pedro de la Cuesta⁷⁵. Años después, en 1632, se comisionó a fray Alonso del Corral para obtener información sobre cierta manda que había dado una persona para hacer un retablo en esta ermita de Cañas⁷⁶. En 1627 el consejo monasterial tomó el acuerdo de arreglar algunas ermitas que tenía la casa “casi perdidas”, particularmente la de Alesanco, pero el cura de esta localidad puso dificultades a la Casa para llevar a cabo esta obra, por lo que se decidió en 1632 acudir al obispado; finalmente se decidió levantarla en 1637⁷⁷. En marzo y junio de 1628 se tomaron acuerdos para la reforma de la Casa de Recreación o San Martín de Soto, en la que había que cambiar la chimenea, destinándose para toda la obra los 3.000 ducados que mandó fray Antonio de Mendoza⁷⁸. La construcción de la nueva iglesia de Badarán dio lugar a un

74. SÁENZ RUIZ-OLALDE, J., op. cit., pp. 381, 393 y 357-358.

75. PEÑA, J, *Páginas...*, op. cit., p.128 y en *San Millán...*, op. cit., pp. 212-213. (La ermita sería de 60 pies de largo y 17 pies de alto (16,8 m x 4,76 m aprox.).

76. AHN, Clero, Libro 6086, fol. 103 r.

77. *Ibíd.*, fols. 9 v., 108 r. y 182 v.

78. *Ibíd.*, fols. 29 r. y 41 v. Se recordó en las sesiones de este año el pleito pendiente con Su Majestad por la obligación impuesta de ornamentar las iglesias de la montaña a cambio de cobrar los diezmos (*ibíd.*, fol. 25r.).

largo proceso entre 1629 y 1635 entre el monasterio y sus vecinos, pues éstos avisaron de la ruina que había hecho a causa de las aguas y aquél no creía que fuese necesario su reedificación. Sin embargo ésta fue contratada por el concejo con Pedro de la Cuesta y Francisco del Pontón, no siendo responsabilidad del abad de San Millán el que no se acabase la obra pues había ayudado a la fábrica y ordenado su continuación, estando empeñado en 40.000 ducados y teniendo que defenderse constantemente de los pleitos injustos con esta localidad⁷⁹. Al mismo tiempo, en 1631 el consejo acordó prestar ayuda a la iglesia de Cárdenas, que estaba a medio concluir, mediante alguna heredad para que rentase al edificio, y en 1633 decidió la reparación y ejecución de nuevos edificios en la ermita de Nuestra Señora de Murcuri⁸⁰.

En relación a la actividad artística referida al mobiliario y adorno de la iglesia y convento de Yuso, los encargos de obras de orfebrería fueron significativos, aunque nada de ello se conserva. Así, en noviembre de 1623 se contrató al mejor y más novedoso platero de Valladolid, Juan Lorenzo, quien en 1620 había labrado para el monasterio de Santa María la Real de Nájera un arca de plata y había finalizado para entonces la custodia de Vitoria. En San Millán debía realizar una custodia en bronce dorado, plata y esmaltes, siguiendo la traza de fray Alonso del Corral, por la que recibiría 480 ducados. Esta custodia, de acuerdo a las condiciones del contrato, sería de asiento, en templete de planta cuadrada de tres cuerpos, con ocho columnas, cuatro pilastras estriadas, entablamentos y cúpula. Llevaría una figura de plata en el segundo cuerpo, otra de bronce en el remate, y en el tercer cuerpo cuatro campanillas que penderían de sus cuatro arcos. Se adornaría con sobrepuestos, picado de lustre y esmaltes. De éstos, cuatro representarían las armas de San Millán y se situarían en la urna con ocho más; treinta y dos se repartirían en las columnas, cuatro en la cúpula y dieciséis en ocho cartelas, completándose con los necesarios para el adorno de las enjutas de los arcos y otras zonas⁸¹. En 1626 se concertó la confección de seis candeleros de plata y un incensario⁸², y en abril de

79. *Ibíd.*, fols. 87 v., 88 v., 89 r., 90 r., 94 v., 95 r., 96 v., 97 v. y 155 v. Ver también SÁENZ RUIZ-OLALDE, J., *op. cit.*, pp. 376-377 (se cita un número de 70 religiosos a cargo del abad).

80. AHN, Clero, Libro 6086, fols. 93 r. y 132 r.

81. GARCÍA CHICO, E., *Documentos para el estudio del Arte en Castilla. Plateros de los siglos XVI, XVII y XVIII*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 1963, pp. 135-136 y ARRÚE UGARTE, B., *Platería...*, *op. cit.*, t. I, pp. 240, 247 y t. II, p. 360.

82. AHPLR, Índices del Valle de San Millán, fol. 135.

1656 la confección de una lámpara de plata para adorno del Santísimo con el platero y contraste de Santo Domingo de la Calzada Bernabé de Osma. Esta lámpara tendría un peso de mil onzas y un diámetro total de algo más de un metro con resaltes y un cerco de columnillas dóricas; el cuerpo se adornaría con gallones y escudos, y cuatro querubines en su remate inferior, y colgaría de cuatro cadenas de trece eslabones, similares a las que hizo en la lámpara de la catedral calceatense. El manípulo superior sería de algo menos de medio metro de diámetro y moldurado. La pieza debía acabarla para el día en que se pusiese el retablo mayor y por ella cobraría tres ducados por marco de plata⁸³. Estas piezas que por la descripción de los contratos debieron ser de gran riqueza, no se han conservado, a excepción de unos sencillos candeleros torneados de bronce dorado, pero tampoco otras muchas que describe Yepes en 1610, admirando la “abundancia de plata y oro para el servicio del altar” y la notable riqueza en relicarios de plata⁸⁴. En relación a las reliquias, cuenta Yepes también la petición de algunas de san Felices por parte del concejo y vecinos de Haro en 1605, con intercesión ante el abad Hernando de Amescua del conde Íñigo Fernández de Velasco. La petición fue concedida, entregándoseles en noviembre de ese año un hueso (femur), estando al cargo de la apertura del arca el platero Domingo González, que entonces era regidor del concejo de Nájera⁸⁵. En 1609 tuvo lugar el traslado de las reliquias de las santas Áurea y Amunia a una urna de plata, y en 1621 se entregaron a los vecinos de Treviana por su gran devoción unas reliquias de san Millán, aunque no del arca que nunca se había abierto, sino de un relicario⁸⁶.

Si el altar mayor se fue adornando con objetos de orfebrería, al mismo tiempo se proyectaba el tabernáculo que se encontraba en ejecución en 1639⁸⁷. En noviembre de ese año se acordó llamar a campaneros para el reparo de dos campanas y unos esquilonos quebrados, y su fundición si era necesario

83 . ARRÚE UGARTE, B., *Platería...*, op. cit., t. I, p. 185 y t. II, p. 497, doc. 35.

84 . YEPES, op. cit., p. 81.

85. *Ibidem*, pp. 71 y 72, y en ARRÚE UGARTE, B., *Platería...*, op. cit., t. I, p. 151.

86. AHN, Clero, Legajo 3102 (Eclesiástico. Cédulas Reales. Milagros. Reliquias san Millán). También lo menciona el Padre PEÑA (*Páginas...*, op. cit., pp. 127-128 y en *San Millán...*, op. cit., pp. 212).

87. El abad Miguel de Andueza tuvo que ordenar un precepto: “que ningún religioso pudiese entrar en el taller donde se hace el sagrario y custodia para el santísimo por quantos habían quebrado muchas piedras y columnas que valían mucho dinero” (AHN, Clero, Libro 6086, fol. 211 r.)

para hacer una campana nueva⁸⁸. De igual modo, se continuó con la contratación de mobiliario. En 1608 se concertaron las 14 mesas del refectorio⁸⁹ y en marzo de 1628 el consejo decidió dar inicio a la sillería del coro bajo de la nueva iglesia, ya que la madera de nogal estaba cortada y no debía desperdiciarse⁹⁰. Sin embargo, el contrato de esta sillería no se formalizó hasta julio de 1640 con el maestro ensamblador Mateo Fabricio, quien seguiría el diseño de fray Esteban, religioso de la Casa de San Juan de Burgos. En 1642 el mismo ensamblador se obligaría a realizar la sillería del coro alto⁹¹. Tanto las mesas como ambas sillerías las podemos ver en el refectorio e iglesia de Yuso. Las primeras tienen patas y chambranas torneadas y faldones con motivos de cadeneta geométricos (ver lám. 3). Las sillerías, recientemente restauradas, presentan la severidad del clasicismo barroco con columnas toscanas y corintias, paneles entre pilares cajeados y pináculos de bolas. Constan de dos órdenes de asientos, de veinticinco en el inferior y cuarenta en el superior la del coro bajo, y de veintisiete en el inferior y treinta y ocho en el superior, la del alto. También se conserva el tabernáculo o relicario del altar mayor en templete de dos cuerpos de planta hexagonal con pares de columnas corintias (lám. 6), formando parte del conjunto del retablo mayor que vino a sustituir al contratado a finales del siglo XVI. El retablo fue dorado por el pintor burgalés Celedón Salmón entre 1655 y 1656 y para él, junto a las cajas que lo acompañan en los muros laterales, pintó ocho lienzos fray Juan Ricci, obras conocidas y citadas desde Palomino. También pintó otros lienzos para los retablos colaterales de san Benito, santo Domingo de Silos y del Rosario, entre otros⁹². No obstante, los doce lienzos que pintó para el claustro alto, que formaban parte de una serie de veinticuatro, completada por otros seis pintados por Juan de Espinosa, en los que se relataba la vida de san Millán, estaban ya retirados por su mal estado en 1795 cuando visitó el monasterio Jovellanos⁹³. Otras obras fueron encargadas al pintor burgalés Pedro Ruiz de

88. AHN, Clero, Libro 6086, fol. 164 1º r.

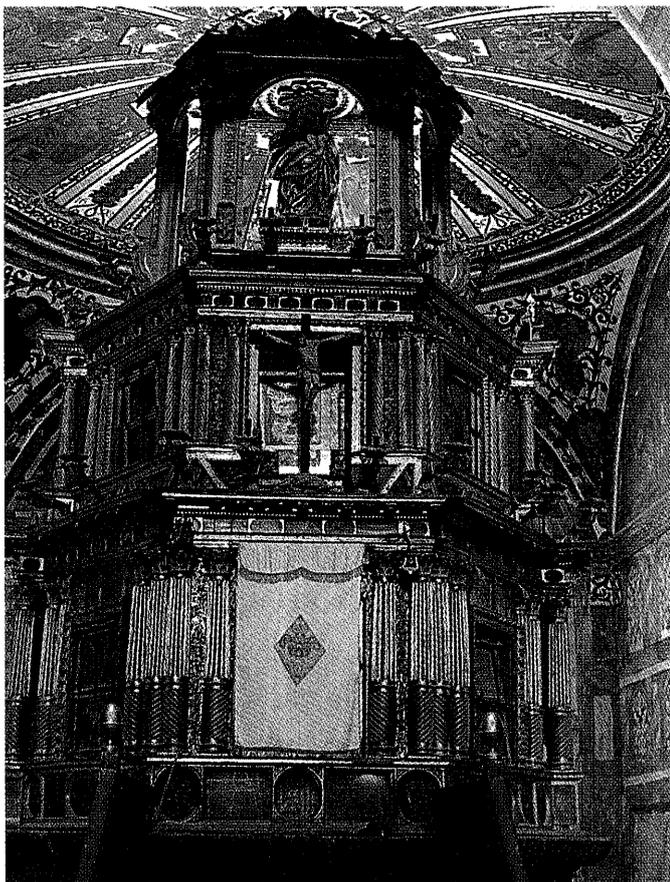
89. AHPLR, Tabla de escribanos e índices de escribanías, leg. 1688, escrituras públicas de Millán Delgado, 1608.

90. AHN, Clero, Libro 6086, fol. 29 r.

91. PEÑA, J., *Páginas...*, op. cit., p. 129 y en *San Millán...*, op. cit., pp. 214.

92. GUTIÉRREZ PASTOR, I., *Catálogo de pintura del monasterio de San Millán de la Cogolla*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1984, doc. 2 y cat. 55 a 62, 64 a 66 y 68. Ver también PEÑA, J., *Páginas...*, op. cit., pp. 130-131 y en *San Millán...*, op. cit., pp. 216-217 y GONZÁLEZ DE ZÁRATE, J.M., "La visión emblemática de San Millán en la pintura de Juan de Ricci", *Berceo*, 108-109 (1985), pp. 121-133.

93. JOVELLANOS, G.M. de, *Obras...*, op. cit., pp. 277-278.



Lám. 6.
Sagrario relicario
del altar mayor.
Hacia 1639.

Salazar y al aragonés Miguel de Espinosa, quien, según nos relata Ceán Bermúdez, retocaría algunos cuadros, además de ejecutar otros (Anunciación de la portada de acceso a la antepreciosa)⁹⁴. Por tanto, una buena parte de los proyectos de decoración de la iglesia y claustro del segundo cuarto del siglo se basó en la ejecución de pinturas, predilección que ya se vio en el siglo XVI, frente al menor número de encargos escultóricos, tal vez por razones de economía o siguiendo gustos escurialenses, que se limitaron en buena parte a la mazonería que iba a servir de marco arquitectónico a los grandes lienzos titulares de los altares (retablos de santo Domingo de Silos, las Ánimas, la Virgen entregando el Rosario a san Benito y san Miguel Florentino, san Millán en la batalla de Hacinas, entre otros de menor envergadura, todos trasladados de su ubicación original, si seguimos la descripción de los mismos por Jovellanos a finales del siglo XVIII, remociones que ya señaló Garrán).

En la segunda mitad del siglo XVII se mantendrá también una intensa actividad artística que en lo arquitectónico se manifestará en la prolongación hacia

94. CEÁN BERMÚDEZ, J.A., op. cit., t. II p. 42. Me remito para las obras de pintura a la catalogación realizada por Ismael GUTIÉRREZ PASTOR (op. cit.).

el oeste de los edificios conventuales, creándose dos nuevos volúmenes, el constituido por la portería nueva y mayordomía (dos estapas, 1659-1665 y 1669-1673), y el de la cámara abacial (1678-1681), entre los que se abre la plazuela de la gallinería, donde se dispuso un estanque y una fuente con figuras de animales, obra de Pedro de Oquerruri de 1676, de la que sólo quedan un par de fragmentos. La intervención de Juan Raón se dejará sentir en la configuración de los nuevos espacios, acotándose el terreno de la huerta oriental del monasterio por una cerca con su portada y proyectando dos estanques en ella (1675 y 1681). En las décadas de los ochenta y noventa se realizaron la portada de ingreso al actual salón de Reyes y escalera principal (restaurado en 1970-1971 con el criterio de eliminar enfoscados y actualmente en fase de una restauración más adecuada), así como la transformación de la sala capitular en nueva sacristía. A estas obras principales, se unieron las de reforma de las capillas de san Benito y san Pedro de ambos lados del presbiterio, el camarín tras la capilla mayor en el cuerpo bajo de la torre, y la capilla de Monserrat, contigua a la de san Benito (1691-1692)⁹⁵. Todo ello dio lugar a una imagen exterior de la iglesia y dependencias muy similar a la actual, pero el gusto clasicista que había dominado el interior de la iglesia dio paso a un progresivo aumento de la ornamentación monumental que se acentuará en el siglo XVIII.

Al mismo tiempo que se realizaban las obras de nueva planta, se llevaron a cabo otras de conservación. El abad Diego Malo (1665-1669) hizo arreglos en la Librería y galería oriental, y reedificó la ermita de santa Potamia en Santurdejo; en 1679 se hizo una reparación completa de los tejados del convento; en 1681 se rasgaron varias ventanas para aumentar su vano; en 1685, además de costear la obra del granero de Cordovín que se había caído, se acordó deshacer el estanque que estaba bajo la cámara abacial y aprovechar la piedra para hacer un aguaducho en el río que pasaba por la cocina; en 1693 se arreglaba el horno y en 1696 se reparaba el molino con piedras nuevas⁹⁶. Tal vez, la intervención de mayor interés es la que se refiere al monasterio de Suso, acordada en julio de 1693 en el consejo presidido por el abad Diego Fernández, dado que la Casa se encontraba con medios para ello. No sabemos qué

95. Ver cuarta fase constructiva (1659-1697) en ARRÚE UGARTE, B. y MARTÍNEZ GLERA, E., op. cit.

96. Ver, respectivamente, PEÑA, J., *Páginas...*, op. cit., pp. 135 y en *San Millán...*, op. cit., pp. 222; CADIÑANOS BARDECI, I.: "Noticias...", op. cit., pp. 307-321, doc. 16 (AHN, Clero, libro 6035 -no lo cita-) y AHN, Clero, Libro 6083 (Libro de Actas del Consejo desde 1684 a 1703), fols. 7 v., 15 v.-16 r., 82 v. y 121 r.

pudo hacerse entonces pero en la sesión del 28 de agosto de 1695 se aprobó el arreglo de “la entrada del santuario de Suso” pues amenazaba ruina⁹⁷.

Los encargos artísticos de bienes muebles se dirigieron al aumento de los objetos de culto y adorno de la iglesia y sacristía. En 1685 el platero de Santo Domingo de la Calzada Lázaro de Torralba labraba una lámpara y diversas alhajas⁹⁸, otras se concertaban en 1692 y 1693, año en el se decidió volver a llamar al platero calceatense para dorar unos candeleros de bronce que se habían labrado con el dinero del expolio del obispo de Barcelona y se dispondrían en el altar mayor, al mismo tiempo que se aceptaba un gasto de hasta tres mil reales en la compra para la iglesia de una alfombra, se habían encargado dos docenas de casullas en Madrid y se pensaban realizar algunos frontales de altar⁹⁹. En 1695 se acordó comprar terciopelo negro en Madrid para reparar un terno de difuntos y hacer algunas alhajas que necesitaba la sacristía; al año siguiente se renovaban las capas blancas de damasco y en 1697 se originó un debate en el consejo del monasterio sobre qué hacer con la lámpara y casullas de la capilla del obispo Salazar, que finalmente fueron retiradas¹⁰⁰. Respecto a los órganos que tenía la iglesia, dos grandes en el coro bajo y dos realejos en el alto, donados por el abad Benito Fernández según el Padre Mecolaeta y destrozados en las revueltas del siglo XIX, como comenta el Padre Peña¹⁰¹, fueron reparados tres de ellos en 1685 por 610 reales, gasto pese al cual se aprobó hacer una trompeta real que costaba 2.200 reales; en 1696 volvieron a repararse, añadiéndoseles algunos registros¹⁰². Sin duda, los encargos más relevantes del último tercio del siglo fueron los del arte de la rejería, que hoy podemos contemplar sin demasiadas pérdidas o transformaciones, formando un conjunto único de la época, necesitado de limpieza y mayores cuidados. Entre 1675 y 1679 se acabó la reja de cierre del coro bajo, realizada por el rejero logroñés Sebastián de Medina, y entre 1691 y 1693 se llevaron a cabo las de las capillas del presbiterio por Bartolomé Elorza, quien realizaría también los dos púlpitos

97. AHN, Clero, Libro 6083, fols. 80 v. - 81 r. y 107 r.

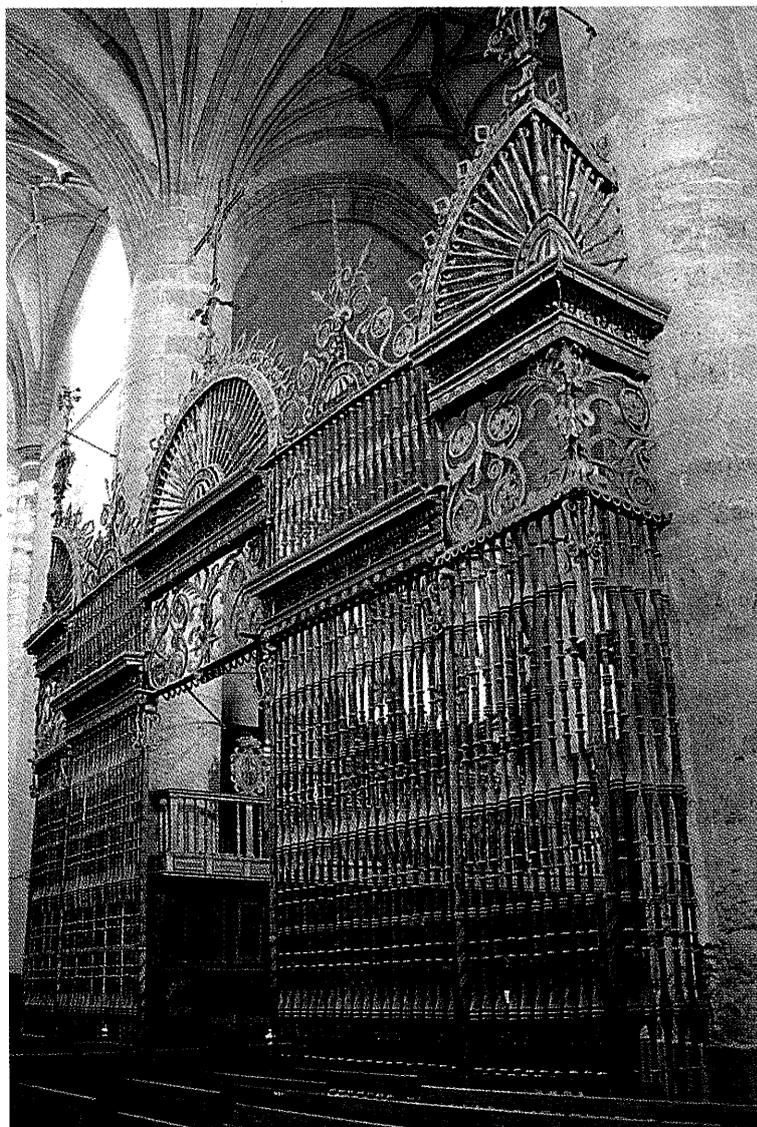
98. CADIÑANOS BARDECI, I., “Noticias...”, op. cit., pp. 307-321, doc. 16 (AHN, Clero, libro 6035).

99. AHN, Clero, Libro 6083, fols. 31 v., 82 r., 84 r., 85 v., 86 r.

100. *Ibíd.*, fols. 109 r., 121 r. y 134 r.

101. PEÑA, J., *Páginas...*, op. cit., p. 129 y en *San Millán...*, op. cit., p. 215.

102. AHN, Clero, Libro 6083, fols. 3 v. y 121 r. (El órgano que ha llegado a nosotros y puede verse, recién restaurado, en el coro bajo es una obra del siglo XVIII, realizada en tiempos del abad Plácido Bayo por Esteban de San Juan, de Logroño, en 1768).



Lám. 7. Reja del coro bajo. Sebastián de Medina, entre 1675 y 1679.

reja de cierre del coro bajo, aumentará con los cambios introducidos en las capillas del presbiterio por el abad José de Muro entre 1689 y 1693, y la aportación del que fuera abad de san Millán y posteriormente obispo de Barcelona, fray Benito de Salazar, durante cuyos abadiatos (1661-1665 y 1673-1677) se remató con un chapitel la torre, se hicieron los estanques de la huerta, la cerca real y la mencionada reja. En 1690 se trató en el consejo del monasterio su ofrecimiento de cinco mil ducados de plata en un censo redimible y otros tres

y balastradas entre 1693 y 1697¹⁰³ (láms. 7 y 8). De la misma época son las rejas de los nichos relicarios abiertos en las jambas del arco de paso al camarín, tras el altar mayor. Cabe lamentar la pérdida de la puerta de cierre de la reja del coro (reutilizada para los tirantes de la bóveda de la cocina, actual cafetería de la Hostería) y de la mitad de los balaustres de la escalera del púlpito del lado de la Epístola (también reutilizados para otros usos), así como la ornamentación de águilas y bolas de la balaustrada, que fue traída de Valladolid.

La transformación de la iglesia con la incorporación de la monumental

103. CADIÑANOS BARDECI, I., "Noticias...", op. cit., pp. 307-321, doc. 16 (AHN, Clero, libro 6035).

mil para hacer un retablo-camarín y otros adornos en la capilla de san Benito (capilla del presbiterio del lado del evangelio), donde quería ser enterrado¹⁰⁴. De este modo, se realizó un sepulcro en piedra y yeso con estatua orante del obispo (hoy muy deteriorado y casi perdida su inscripción) y un gran retablo, perforándose el muro para el camarín y dar paso a la capilla de Monserrat con sus pinturas murales y estucos (en pésimo estado de conservación) (lám. 9). Una obra de mal gusto para Jovellanos pero que forma parte, junto a la decoración del camarín tras la capilla mayor, cuya pintura mural sirvió de marco a la excelente colección de bustos relicarios que desde el siglo XVI se habían tallado, de un conjunto coherente, ejemplo de la actividad artística emilianense en el último tercio del siglo XVII¹⁰⁵ (lám. 10).



Lám. 8. Reja de capilla del presbiterio.
Bartolomé Elorza, entre 1693 y 1697.

Pero, sin duda, el gran benefactor artístico fue el cardenal Aguirre que había profesado en San Millán. Por su testamento del 15 de enero de 1699

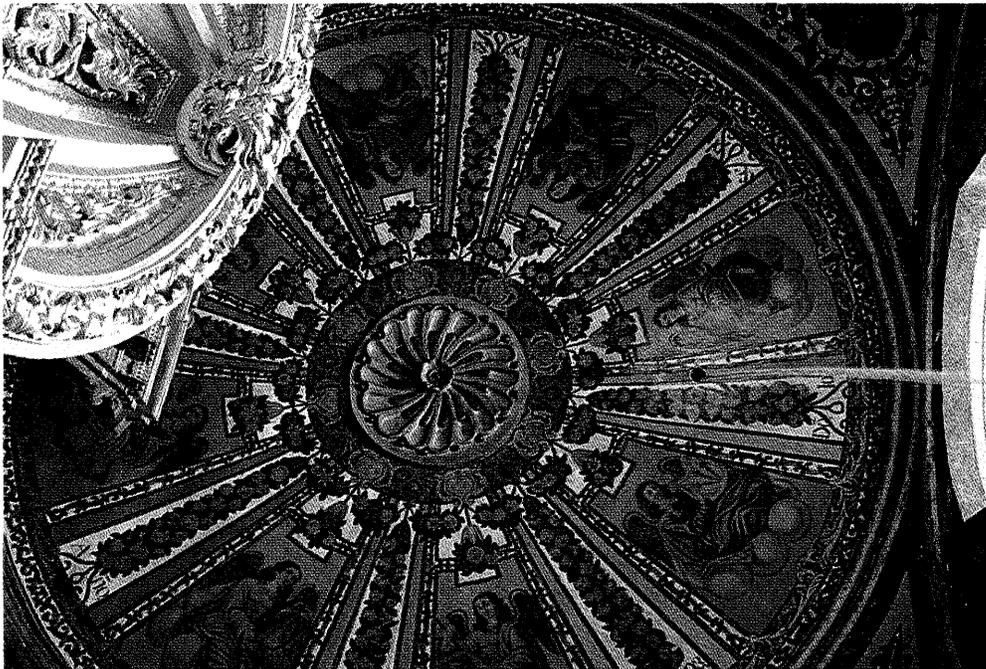
104. AHN, Clero, Libro 6083, fol. 42 r. y v. (ver también fols. 15v.-16r.).

105. Las pinturas murales ejecutadas por José de Salazar y el retablo, atribuido a Francisco de la Cueva, quien con Melchor de la Piedra, Miguel Villanueva, Mateo Rubalcaba y otros realizó el retablo y cajonería de la sacristía nueva hacia 1697-1698 (ver CADIÑANOS, op. cit., doc. 16).



Lám. 9. Decoración de la capilla de Monserrat, con armas del obispo Salazar. José de Salazar, 1692.

Lám. 10. Pintura decorativa de la capilla relicario, tras el altar mayor. José de Salazar, 1693.



(murió el 19 de agosto de ese año) dejó por heredero universal a este monasterio, concretando que del dinero que se sacase de la venta de sus bienes en Roma “le deba aplicar el mismo Real Monasterio en vtil perpétuo y renta fixa para el Convento antiguo de San Millán de Suso, donde pueda vivir y vivan

perpétuamente monges virtuosos”¹⁰⁶. Dejó bien claro su interés por el santuario de Suso en la manda en la que lega su biblioteca para que su valor fuese destinado a la “recolección y reforma del convento de Suso”, donde vivió san Millán y muchos santos y santas cuyas reliquias se conservaban en el de abajo. Otros donativos que no podían venderse fueron: “la maza de plata sobredorada, un cuadro de san Benito con los pastores en tela pequeña que es original de Jordán, la lámina de Felipe Nerio que tengo en la cabecera de la cama y me fue presentada en Nápoles, las 4 casullas ricas, bordadas de oro, con el cáliz de plata sobredorada y albas ricas”¹⁰⁷ (lám. 11). Al rey donaba un Cristo de bronce sobredorado que le había regalado el duque de Toscana, en el que había orado durante treinta años, muriendo con él, santa María Magdalena de Pazzi; al príncipe Borghese dejaba un vaso de unicornio y a su caudatario, un clavicornio. La incidencia de este legado fue, sin duda, relevante para la historia del monasterio. En 1738 el Padre General de la Orden solicitó al convento de Suso razón del legado del cardenal Aguirre para conocer su producto y la situación de manutención de los monjes¹⁰⁸. Su memoria quedó



Lám. 11. Detalle de la casulla del cardenal Aguirre (fot. F. Abaigar, en PEÑA, J., *Guía de San Millán de la Cogolla*, 1976).

106. AHN, Clero, Carpeta 1055, fol. 12 v. del legajo.

107. *Ibidem*, fol. 19 v. (el cuadro de Jordán lo verá Jovellanos y citará también Ceán Bermúdez). En 1687 el monasterio arrendó una hacienda en Logroño que había heredado del cardenal Aguirre (AHN, Clero, Libro 6083, fol. 25 v.).

108. AHN, Clero, libro 6085 bis, s.f.

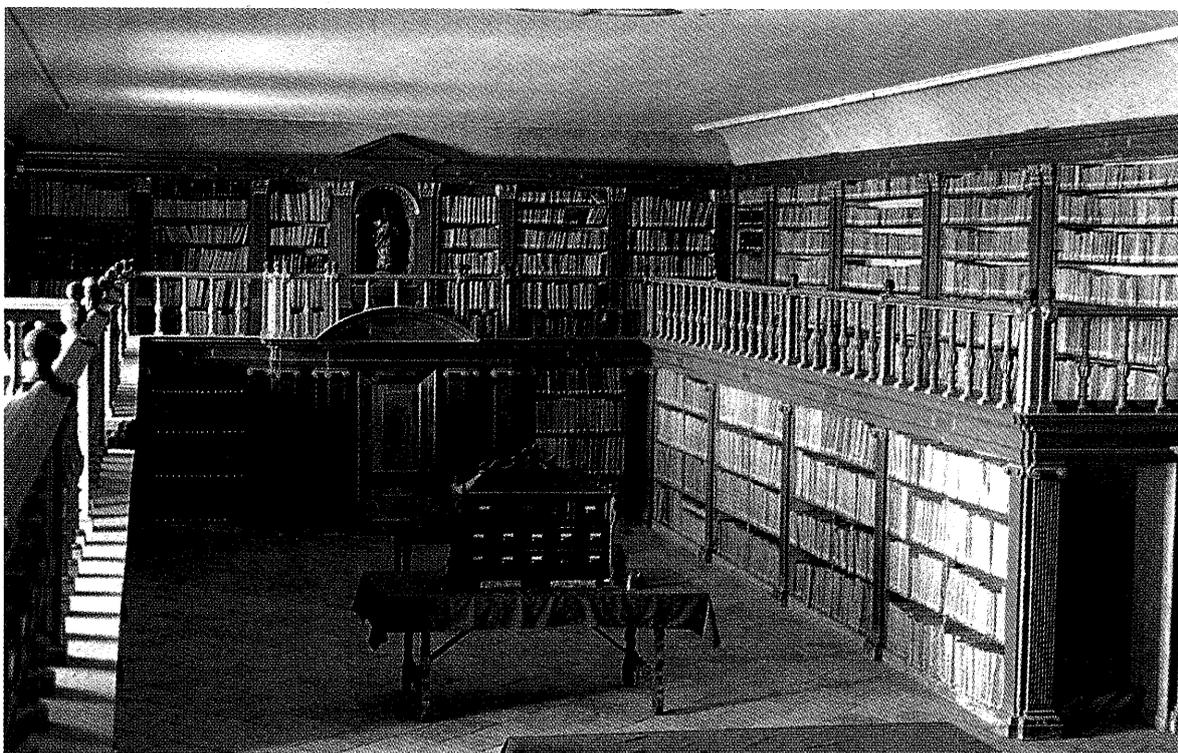
reflejada en un monumento que se dispuso en el monasterio de Suso, donde lo vio Jovellanos, trasladándose a Yuso a mediados del siglo XIX, según señala Garrán, y hoy vemos en la antesacristía. Por fortuna se han conservado los dos relieves en mármol blanco con marcos de ébano que flanquean la lápida conmemorativa que oculta el nicho donde se guarda el corazón del cardenal en una urna. Los relieves representan la cabeza de perfil del Papa Inocencio XI y del propio cardenal Aguirre, y son piezas de escuela romana. Los contactos del monasterio con Roma fueron relativamente frecuentes en este siglo XVII, desde el viaje realizado por fray Andrés de Salazar para defender los derechos del mismo, encargando un grabado en 1608 en el que se representa a san Millán, la abadía y su territorio, y los santos con ella relacionados (conservado en el Archivo), hasta el del abad José Muro, nombrado por el cardenal su confesor, que también hizo pintar allí un cuadro de Nuestra Señora del Socorro y fue el promotor de la nueva sacristía con su importante colección de pinturas, retablo y cajonería.

EL SIGLO XVIII

Desde finales del siglo XVII hasta 1752 las obras principales en Yuso estuvieron centradas en el desmonte de la plaza de la iglesia, su cerramiento mediante muros de contención y contrafuertes, y las conducciones del agua de la fuente de Tovirlos. Distintas obras de remodelación o conservación se llevaron a cabo en las diferentes dependencias. En 1750 se reforzó la pared maestra de la fachada occidental de la iglesia y repararon las bóvedas sobre la librería, y entre 1759 y 1760 el burgalés Diego de Ituño recalzaba paredes del claustro, al mismo tiempo que levantaba sepulturas y realizaba el nuevo enlosado de la iglesia y claustros, llevándose a cabo el enlucido de dormitorios y otros espacios¹⁰⁹. En 1765 se remodelaba una parte de la sacristía vieja para habilitar una pequeña capilla (capilla del Santo Cristo), a instancias del abad Plácido Bayo que la hizo pintar y contribuyó a la sacristía con ornamentos, al igual que hicieron anteriormente el abad Diego Mecoleta (1737-1741) con plata, alba, sedas y cenefas para las arcas, y libros para la biblioteca, donaciones valoradas en más de cuatro mil setecientos reales, o el

109. AHPLR, Haro, Gaspar de Zarcia Bolívar, 1759, leg. 4160/1, fols. 236 r.-237 r. (ver también CADÍÑANOS, op. cit., doc. 16).

abad Lorenzo Muro (1717-1721) que donó sus cuadros. En la segunda mitad del siglo, tras un incendio, el maestro Francisco de Aranguren construyó una cocina nueva más amplia, siendo abad Segismundo Beltrán (1769-1773) y, tal vez, fue él quien diseñó la reforma de la Librería que propuso el abad Anselmo Petite por la que se rasgaron ventanas para el paso de más luz, se hizo cubierta a cielo raso e instalaron nuevas estanterías, entre 1777 y 1780¹¹⁰ (lám. 12). Durante esos años se llevó a cabo el cerramiento del claustro alto con vidrios y balcones, lo que mejoraría las condiciones del mismo y permitiría al abad encargar a José Bejés una nueva serie de pinturas de la vida de san Millán¹¹¹. En 1790 se realizó un blanqueo general de la iglesia y en 1794 se acordó embaldosar el claustro bajo por estar “deteriorado, maltratado y derrotado”, llevándose a cabo obras en la caballeriza, bajo la cámara abacial¹¹².



Lám. 12. Biblioteca del monasterio. Entre 1777 y 1780.

110. PEÑA, J., *Páginas...*, op. cit., pp. 142, 144, 146 y 147 y en *San Millán...*, op. cit., pp. 231, 233, 235 y 236 (obras documentadas en CADIÑANOS, I., op. cit., doc. 16.).

111. AHN, Clero, Libro 6082 (Libro de Actas del Consejo, 1774-1819), s.f., sesión del 15 de mayo de 1779: “en atención a que los quadros de la vida de nuestro patrón San Millán que se hallan en el claustro alto están tan maltratados por su antigüedad, humedades y ayres, que muchos de ellos no tienen, ni se perciven las figuras que en ellos había, tenía ánimo de que se pintase de nuevo la vida del santo”.

112. *Ibidem*, sesiones del 3 de noviembre de 1790 y 20 de enero de 1794.

A comienzos del siglo tuvo lugar una importante reforma en el convento de Suso a cargo del abad Plácido Vea (1704-1709) al que se le debe la desaparición de “antigüedades” del lugar, según comenta el padre Peña, haciéndose eco de los cronistas de la abadía. Al parecer, eliminó las pinturas y leyendas que recubrían sus muros, los dos coros (de monjes y de religiosas), transformó la capilla de santa Áurea en sacristía y reparó el muro oriental¹¹³. Años después, en 1714, se realizaba un retablo de santa Gertrudis para la iglesia de Suso a expensas de fray Francisco de Urizar, por parte del escultor burgalés Agustín Montero, con una imagen de santa Áurea en el ático, tallada por Andrés de Bóbida¹¹⁴. Hasta 1781 no volvemos a tener noticias del santuario de arriba, cuando por sesiones del consejo presidido por fray Celedonio de Haro se decide abordar una nueva restauración del mismo, reparos cuyo alcance desconocemos pero que supusieron un gasto de algo más de cuatro mil cuatrocientos reales¹¹⁵.

Múltiples fueron las intervenciones efectuadas en otros edificios de la jurisdicción de San Millán a lo largo del siglo. Desde la reedificación de la Casa de Recreación de San Martín de Soto entre 1709 y 1714, para la que hizo los retablos de san Martín y santa Bárbara el escultor de Burgos Agustín Montero, a las reparaciones de las iglesias de Cordovín y Cihuri (1756-1760), Vallarta (1760, 1767 y 1797), Ventosa (1773), Madaria en Ayala (1778) y Ezquerria en el partido de Belorado (1797); en las ermitas de San Marcos en Sepúlveda (1719 y 1758), Santiago de Nanclares (1758), San Esteban y Santiago de Badarán (1760) y San Mamés de Pancorvo (1767); en la presa del molino, graneros y casa del priorato de Cihuri (1775, 1786 y 1791), en la casa de Cordovín o en el hórreo de Vallarta (1798), construyendo de nueva planta la casa del priorato de Cárdenas (1789-1790), y ayudando a las monjas de Santa Cruz de Sahagún a la reedificación de su monasterio (1794)¹¹⁶.

En cuanto al incremento de bienes muebles, ya hemos citado algunas donaciones, pero cabe recordar la incorporación a la sacristía de dos mesas de

113. PEÑA, J., *Páginas...*, op. cit., p. 141 y en *San Millán...*, op. cit., p. 229.

114. CADIÑANOS, op. cit., doc. 16.

115. AHN, Clero, Libro 6082, s.f.; sesiones del 29 de agosto y 7 de septiembre de 1781 (al mismo tiempo se acuerda reparar unas vinajeras de plata). Los gastos de sacristía y biblioteca, así como de otras partidas “honrosas” del abadiato de Celedonio de Haro son enumerados por SÁENZ RUIZ-OLALDE, J., op. cit., pp. 472-474.

116. *Ibidem* (para Cárdenas, Cihuri, Cordovín y Sahagún); otras citadas en SÁENZ RUIZ-OLALDE, J., op. cit., pp. 337, 339, 377-378, 399 y 397-398; para San Martín de Soto, CADIÑANOS, op. cit., doc. 16.

mármol de Mañaria que costeó el abad Francisco Aznar con ayuda del monje Félix Bujanda, a mediados de siglo (lám. 13), o un copón grande de plata que



Lám. 13. Mesa de la sacristía. Hacia 1750.

regaló Matías Manzanares, residente en Guatemala, hacia 1781-1785 (no conservado). En 1710 Jorge Budar realizó el retablo de Santa Escolástica, al mismo tiempo que se concertaba con el platero Bartolomé de Torrealba, vecino de Nájera, la confección de seis varas para un palio, de plata de buena calidad¹¹⁷. Los encargos de orfebrería y ornamentos continuaron: en 1724 el platero y contraste de Burgos Silvestre Ruiz de Sagredo se comprometía a la confección de seis candeleros y una cruz; en 1729 se repararon las arcas de san Millán y san Felices; en 1766 se pagaba un frontal de plata (1.440 rs.); en 1774 se labraban dos bandejas de plata y con la plata de otra vieja se renovaron seis cetros; en 1778 se decidió por consejo del visitador de la Orden comprar una alfombra para el altar mayor, y en 1781 se repararon vinajeras de plata, haciéndose varios pares nuevos, comprando también casullas, albas y manteles¹¹⁸. Los

117. Ver, respectivamente, VÉLEZ CHAURRI, J.J., *El retablo barroco en los límites de las provincias de Álava, Burgos y La Rioja*. Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1990, pp. 429 y 453 (n.73) y AHPLR, Diego de Barrueta, 1703-1729, leg. 1955, fol. 15.

118. AHPLR, Índices del valle de San Millán, fol. 202, AHN, Clero, Libro 6082, s.f.; sesiones del 29 de marzo de 1774, 8 de marzo de 1778 y del 29 de agosto y 7 de septiembre de 1781. También, CADIÑANOS, op. cit., doc. 16 y SÁENZ RUIZ-OLALDE, J., op. cit., p. 473. El padre agustino fray Alejandro LLORENTE DE SANTA EULALIA hace mención en su libro *Glorias del Valle de S. Millán de la Cogolla* (Granada, Indalecio Ventura López, 1907) de diversas donaciones de objetos de culto y ornamentos a la iglesia de

encargos de escultura de mayor interés pueden admirarse en el trascoro de la iglesia, en cuyos retablos de Santa Áurea y Santa Potamia, obra de Francisco Busón, el monasterio gastó en 1766 algo más de nueve mil reales, y en ocho imágenes para los altares más de trece mil¹¹⁹, pagados a un taller madrileño, que se identifica con el de Pascual de Mena (lám. 14). Por esas fechas José Bejes pintaba la sacristía y se decoraba la capilla del Santo Cristo (lám. 15). A



Lám. 14. Trascoro. Hacia 1766.



Lám. 15. Pintura decorativa de la capilla del Santo Cristo. 1765.

San Millán, así como a otras del Valle (Berceo, Estollo, San Andrés), por parte de vecinos del lugar, como Crisanto García que regaló custodia, cáliz, vinajeras con salvilla y tres coronas para la Virgen, todo de plata, además de una cruz procesional y dos ciriales de plaqué o chapa, un palio, dos estandartes y varios juegos de candeleros. También donó a esta iglesia las imágenes de Nuestra Señora del Rosario, de los Dolores, del Amparo, del Amor Hermoso, del Corazón de Jesús, de San Miguel y de San Antonio, y cuadros de san Juan Bautista, san Rafael, la Trinidad, la Ascensión, la Virgen del Carmen y san José (ibídem, p. 10). No cita la fecha de estos donativos, pero menciona a continuación las dos casullas de damasco, dos albas y dos amitos, regalados por Florentina Cenicero, y una alfombra para la capilla del Santo Cristo y una corona de plata “Meneses” para la Purísima que dio Marcelina Reinares, plata cuya confección puede enmarcarse en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX.

119. CADIÑANOS, op. cit., doc. 16.

comienzos del siglo, el pintor Matías de Ollora pintó los florones y escudos del claustro y realizó limpiezas y retoques en algunos cuadros, probablemente los que fueron sustituidos por la serie de Bejes entre 1779 y 1781.

LAS OBRAS DEL SIGLO XIX

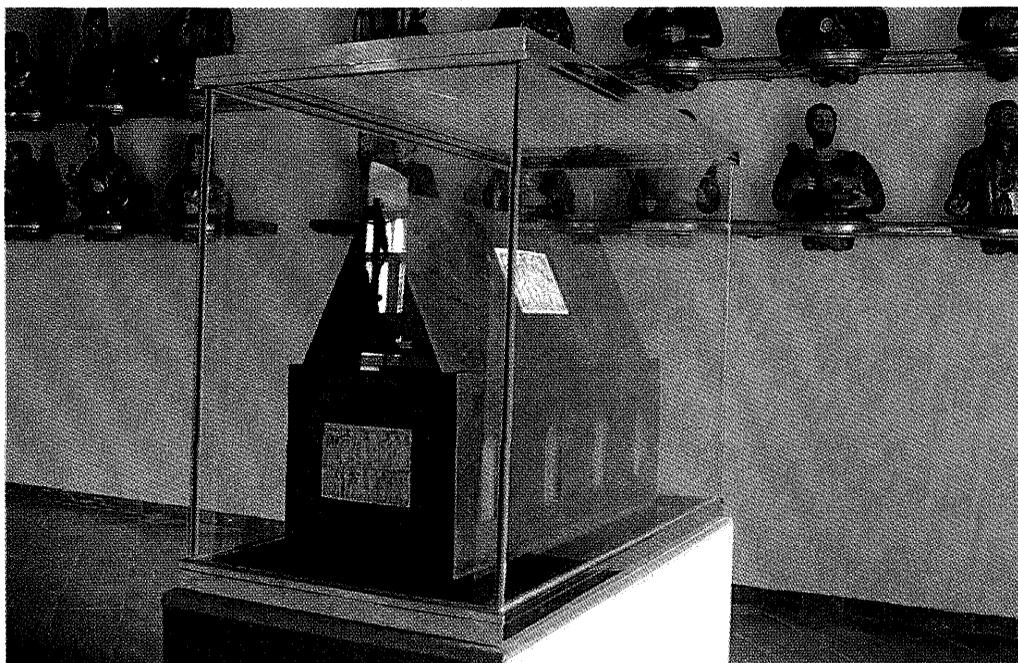
El siglo XIX comenzó con una dedicación del dinero extraordinario del convento a la restauración urgente de todos los tejados¹²⁰. En 1809 se produjo el primer abandono de los edificios de San Millán, expulsada la Comunidad benedictina por decreto de 10 de octubre de José Bonaparte. Poco antes, el 17 de septiembre, el abad Emeterio García del Castillo decidió, “con motivo de las turbulencias del reino, queriendo evitar el extravío y profanación de reliquias..., remover el cuerpo de san Millán, extrayéndolo del arca para colocarlo en otra” que se guardaría en lugar seguro; al mismo tiempo se trasladaron otras reliquias (san Segismundo, san Citonato, santa Potamia y san Felices)¹²¹. A continuación tuvo lugar el expolio del monasterio por las tropas francesas, momento en el que los vecinos de Haro se llevaron el arca de San Felices. En diciembre de 1813 regresaron los benedictinos al convento, tras el decreto de agosto de las Cortes de Cádiz, y en 1814 reclamaron a los de Haro la devolución de las reliquias de San Felices “que indebidamente habían abstraído de nuestra iglesia en tiempos del intruso francés”. En 1816 se resolvió en Valladolid el pleito originado por ello, con acuerdo de devolver intacta el arca fabricada para su depósito a cambio de dos reliquias de san Millán y de san Felices¹²². El 9 de octubre de 1817 tuvo lugar el nuevo traslado de los restos de san Millán a otra arca en la que se incluyó madera de la primitiva y algunos restos originales de su adorno (“y no siendo posible ejecutarlo [en el arca de la época de la revolución] por haberse deteriorado bastante (...), se ha cons-

120. AHN, Clero, Libro 6082, s.f.; sesión del 22 de junio de 1801. Otras ayudas a gastos de reparación de las iglesias de Cárdenas y Cordovín en 1800, de la de Aguiñiga en Álava en 1804 y del molino de Badarán en 1806 (ibídem y SÁENZ RUIZ-OLALDE, J., op. cit., pp. 377-378).

121. AHN, Clero, Legajo 3102, (se levantó escritura de ello, ante Manuel Antonio María del Cerro. El padre Peña transcribe el acta en pergamino, conservada en San Millán, en la que se da noticia de cómo la calavera y los demás huesos del arca, junto a los lienzos y tafetanes blancos y de color que contenía, se envolvieron con dos cubiertas atadas por un cingulo y se colocaron en un arca de madera, en la que se guardaron también otras reliquias, evitando así su profanación (*San Millán...*, op. cit., pp. 176-177).

122. AHN, Clero, Libro 6082, s.f.; sesión del 9 de abril de 1816. El 27 de junio de ese año se acordó dar una reliquia de san Millán a los de Berceo.

truido otra en la que ha incluido la madera de la antigua, adornada en su parte exterior con algunos fragmentos que se han podido recoger de los que anteriormente tenía”)¹²³. En la actualidad, como ya se ha comentado, los marfiles originales y fragmentos de cristal de roca conservados están dispuestos en las arcas de 1944, pero en el Museo del monasterio pueden verse sus reproducciones montadas en unas arcas de madera, realizadas en los últimos años, siguiendo el modelo de lo conservado de las originales del siglo XI y las descripciones bibliográficas existentes (lám. 16).



Lám. 16. Réplica del arca de reliquias de San Felices. Museo del monasterio de San Millán.

En el Libro de Depósito del monasterio de 1814 a 1835 se registran las incidencias y gastos soportados por los distintos abades durante esos años. Con anterioridad al segundo abandono de los edificios entre 1820 y 1823, durante el periodo constitucional de Fernando VII, se anotan el 4 de abril de 1818, con motivo de la partida del abad Íñigo Villanueva (1814-1818) al capítulo general de la Orden, un total de 58 religiosos y 22 criados, pagando la Casa salarios a un abogado, un médico, un cirujano, un veterinario, un pertiguero, un herrero, un calderero, un sillero, dos lavanderas para el convento y sacristía y una

123. AHN, Clero, Legajo 3102. (Otra copia del acta, ante Manuel Antonio María del Cerro, la cita PEÑA, J., *San Millán...*, op. cit., pp. 178-179. Las arcas del siglo XIX pueden verse en el estudio de Constantino Garrán de 1929).

barrendera para la iglesia, manteniendo además dos chicos en la sacristía y dos espolistas. Las reparaciones llevadas a cabo en el expoliado convento fueron numerosas, contabilizándose 11.984 reales de gasto, sufragado en buena parte por los propios frailes, y no pudiéndose cotejar este presupuesto con el del cuatrienio anterior “a cusa (sic) de no haber quedado de éste enser ni dinero, por haberse apoderado de todos sus enseres los franceses y estraños”. Los monjes tuvieron que hacer frente a una verdadera rehabilitación de los edificios, anotándose todo tipo de reparaciones de obra de albañilería, carpintería y pintura, cuyo relato nos informa del estado en que se encontraban. Así, en la Cámara Abacial se blanqueó el salón de entrada, se pusieron vidrios en las ventanas, se dio llanilla al cuarto de estudio, se hizo nuevo el retablo y mesa del altar del oratorio (se doró y pintó) y se hizo un estante y mesa para el cuarto; en la Hospedería se hicieron, entre otros reparos, nuevas ventanas en el pasadizo; en la Mayordomía se hicieron cajones nuevos, la puerta del pasadizo y unas ventanas; en la Librería o biblioteca se arreglaron y pintaron 18 estantes y la puerta de los libros prohibidos, y se pusieron marcos en las ventanas para las vidrieras; en el Salón de Reyes se hizo la media puerta mayor y las dos puertas debajo de la escalera; en el Claustro alto se renovaron los canales de desagüe con “350 ojas de lata grandes” y se compraron 348 cristales para hacer nuevas vidrieras, encargadas a un religioso de San Francisco; en el Noviciado se blanquearon celdas y el pasadizo, se retejó y se pusieron ventanas y contraventanas nuevas, arreglándose las puertas; en la Botica se arreglaron hornillos, puertas, ventanas, rejas..., y “se compró de nuevo toda ella”; también se arregló la Barbería y otras oficinas y celdas del convento, en las que se habilitó mobiliario (mesas, bancos, tarimas, catres, y nuevo depósito de 57 navetas); se puso de nuevo en funcionamiento la fuente de Tovirlos, con caños nuevos, y se retejaron y repararon pajares, corrales (de la subida a Suso y de san Martín) y portillas, así como la Casa de Recreación, la del médico, la de Miranda, los molinos de la Lavandería, Redentor y Badarán, las ermitas de Santa Potamia y Santo Domingo de Silos, contribuyendo también a la reforma de la iglesia de Altable en 1815. En cuanto a los objetos de culto y ornamentos, prácticamente se repuso todo (dos incensarios, un báculo, cuatro candeleros, dos cálices, dos portapaces, flores de hojalata para el altar mayor, corona de la Virgen, dieciocho albas, y telas, galones y corchetes para la renovación de

casullas y capas). También se gastaron 773 reales en el arreglo de las arcas de san Millán y san Felices y en las andas y horquillas de sostenerlas¹²⁴.

Desde diciembre de 1820 a julio de 1823 de nuevo había quedado vacío el convento. A su regreso la comunidad benedictina tuvo que afrontar una nueva rehabilitación. Cuando fray Vicente Losada acabó su abadiato en marzo de 1824 el número de monjes había decrecido, siendo entonces cincuenta religiosos y ocho criados. En las mejoras llevadas a cabo en el monasterio, además del arreglo de las casas de Badarán y Villarejo, y la conclusión de la bodega de Cihuri, se apunta: “Habiéndose hallado muy deteriorado al tiempo de nuestra reunión, se han hecho porción de cerrajas, cerrojos, fallevas, picaportes, y compuesto varias celdas. Se han puesto vidrieras en la yglesia, sacristía, preciosa, refectorio, cocina y en la cámara. Su coste, 4.707 rs. No se ponen las obras y reparos hechos antes de la exclaustación por no subsistir hoy en día. (Nota): No se ha puesto el cotejo, como mandan nuestras leyes, por haberse apoderado el crédito público en el año de 1820 de todos los muebles y enseres de este Monasterio”¹²⁵. Al abad Losada siguió Albito Petite, abad desde 1824 a abril de 1828, cuando la comunidad emilianense se había recuperado, contando con 61 religiosos y 24 criados. Las mejoras que llevó a cabo en los edificios y propiedades de su jurisdicción fueron abundantes, desde reparaciones y ampliaciones a compras de utensilios y bienes para su administración en San Miguel de Pedroso, Cárdenas, Badarán, Fonzaleche, Cordovín, Cihuri y Miranda, socorriendo también a las iglesias de Aguiñiga y Salmantón. En la sacristía e iglesia del monasterio se renovaron ornamentos (albas, casullas, roquetes, manteles, dosel...) y objetos (aguamanil de plata, acetre, lámparas y ciriales); se repararon puertas y ventanas de casi todas las dependencias, se limpiaron y afianzaron los tejados, se repuso en casi todos los enseres la botica, hospedería, cocina y bodega; de nuevo se arreglaron las cañerías de barro y de plomo de la fuente de Tovirlos, se rehizo el Puente “de los Canalones” y se plantaron olmos y chopos. El importe de todo ascendió a 18.980 reales. Pero, sin duda, lo más significativo fue la restauración del monasterio de Suso que alcanzó los 6.395 reales, pagados en su mayor parte por fray Citonato Álvarez. Las obras que se detallan nos indican una reforma de consideración en la distribución de los espacios conventuales y un adecentamiento y adorno de la iglesia, informándonos de las distintas depen-

124. AHN, Clero, Libro 6074 (Libro de Depósito del Monasterio, 1814-1835), s.f.

125. *Ibidem*, a 31 de marzo de 1824, firmado por fray Vicente Losada y otros seis monjes, ante Segismundo Romero.

dencias y usos mantenidos. Dada su utilidad para las restauraciones que se llevan a cabo en la actualidad, transcribo a continuación lo anotado:

“Monasterio de Suso:

“Quedó en la última exclaustación casi del todo arruinado este Monasterio y se han recalzado y revocado por defuera gran parte de sus paredes, se retejó todo, se levantó y puso a nivel de los demás el tejado, el que está sobre la entrada de la cueba, en la que se hecharon algunos cuarterones y bobedillas de nuevo; se blanqueó toda la iglesia, y Monasterio; se hicieron de nuevo en éste muchas puertas y ventanas con su respectivo herrage y se reformaron otras; se rebaxó, entarimó y dio mejor forma al coro; se hecharon cristales en las ventanas de la yglesia, sacristía y demás del edificio; se hicieron muchos tabiques, y se dio nueva y mejor distribución a las habitaciones del piso alto; se hizo hogar nuevo, fregadero y cañón de la cocina; se compraron los utensilios necesarios para ella; se conduxo la fuente por un nuevo encañado al punto en que se halla; se hizo de nuevo la secreta e incorporó al resto del edificio, dándole por dentro de éste la entrada; se hecharon rejas nuevas de hierro en diferentes ventanas; se puso puerta con cerradura en la entrada que mira al poniente, y se colocaron en el recibidor que allí hai asientos y una mesa de piedra; se puso puerta al pasadizo de la huerta, se plantaron en ella varios árboles y otros en la plazuela y reedores (sic) del Monasterio, a cuya entrada se formaron dos poyos; se limpiaron los caminos que a él conducen; se adornaron los altares con todo lo correspondiente a su decencia; se colocaron los bustos del Papa Ynocencio XI y Eminentísimo Aguirre, donde anteriormente estaban; se puso en lo interior de la cueba la imagen de San Millán que antes estuvo en el altar de la capilla de su sepulcro, en el que se puso otra que se subió del Monasterio y tiene en el pecho una reliquia; se pusieron targetas que publican algunas acciones y milagros del santo y las indulgencias concedidas a sus debotos; se deshicieron dos tumbas que había delante del altar de NP San Benito y los huesos que se hallaron dentro se colocaron baxo la lápida que está a mano hizquierda, según se sale de la yglesia a la portería, sobre la cual hai una inscripción de letra gótica; se colocó otra inscripción copiada de un lienzo mui antiguo y deteriorado que estaba en el tránsito de dicha portería; y en fin, se hicieron otros reparos necesarios para poner este antiquísimo Monasterio en el buen estado en que se halla. Costó toda su reparación sin contar el valor de materiales de hierro, madera y cal y otros que dio la casa, 6.395 rs., de los que pagó el padre fray Citonato Álbare 6.121 y los restantes otro monge./ No se ha hecho cotejo de este cuadrienio con el anterior por la notable diferencia de circunstancias de uno y otro”¹²⁶.

Las últimas referencias sobre el estado de la Casa de San Millán nos llegan del registro efectuado a finales de marzo de 1832, cuando dejó de ser abad

126. *Ibidem*, a 5 de abril de 1828, firmado por fray Albito Petite y otros nueve monjes, ante Segismundo Romero.

Fulgencio Montes, siendo entonces una comunidad de 51 religiosos. La principal obra realizada durante los cuatro años de su abadiato fue la reparación de los tejados de la iglesia, claustro y galería oriental, que se describió así:

“se repararon con especial cuidado los de la iglesia, claustro principal y galería de oriente, introduciendo en ellos vigas maestras, tixeras, sopandas, tirantes y otras piezas, muchos estados de teguillo; retexándolos y embrocalándolos; y se recorrieron y limpiaron los demás, y aseguraron con lo más necesario. Para todo se cortaron y labraron muchas maderas, se compraron gran porción de texas, aguinoles, cal, seis a siete arrobas de clavazón y se hizo de nuevo un torno, polea y una fuerte maroma. Todo costó 6.263 rs., como consta del libro de obras”¹²⁷.

También fue de consideración la reparación de la cerca de la huerta, desplomada y arruinada, levantándose treinta y un estados de pared de 49 pies (1.041 rs.), y el arreglo del reloj (1.725 rs.). Otros gastos ocasionó el acondicionamiento del molino de la Lavandería, la fuente de Tovirlos, el corral de la dehesa, el prestiño, la mayordomía (se abrió un nuevo balcón), la cocina o el coro e iglesia (se esteró). Así y todo, en noviembre de 1835 los benedictinos dejaron los monasterios de la Cogolla a consecuencia de la desamortización de Mendizábal, finalizando aquí la historia de la antigua abadía y comenzando otra muy diferente, referida a los avatares de su conservación y recuperación para formar parte del Patrimonio de la Humanidad.

127. *Ibíd.* Vuelven a registrarse los gastos del personal a servicio del monasterio: pagaba tercios a tres colegiales en Celorio; salarios a un médico, un cirujano, un veterinario, un herrero, tres lavanderas y una barrendera para la iglesia; soldada y mantenimiento a un regente y un mancebo de botica y otro sirviente en ella; dos criados de la panadería; dos hortelanos; tres criados de la cocina; un portero; un enfermero; cuatro criados de labranza y caballeriza; dos pastores; un guarda; un pertiguero; cuatro sirvientes de la sacristía; un cartero; un cocinero en Suso; soldada a un albaitar, herrero. Otros gastos detallados de obras en AHN, Clero, Libro 6066 (Libro de Gasto del Monasterio, (1814-1835), s.f., y de lo relacionado con la agricultura en AHN, Clero, Libro 6065 (Libro de Grangería del Monasterio, (1814-1836), s.f.